

52 N.º 4.

31 Agosto 1840

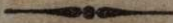
REVISTA

ANDALUZA.



TOMO PRIMERO.

31 AGOSTO.—ENTREGA PRIMERA.



CADIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA, CALLE DE LA TORRE
ESQUINA A LA DEL JARDINILLO.

1840.

Índice de las materias.

CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS.—*Doctrinas del siglo XIX*
por D. Alejandro Llorente.

BELLAS LETRAS.—*Literatura griega* por D. José Morales Santisteban.

CRÍTICA.—*Leyendas españolas de D. José de Mora*; análisis por
D. T. García Luna.

DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA EDAD MEDIA, por D. Francisco de Cárdenas.

NOVELA.—*Guillermo el del gorro encarnado*.

VARIEDADES.

CRÓNICA POLÍTICA.

En los próximos números se insertarán varios trabajos de los Sres. Martínez de la Rosa, Galiano, Pacheco, Donoso Cortés, Bermúdez de Castro &c. &c.



La aplicación de las doctrinas económicas y sociales de nuestro siglo á las cuestiones prácticas de administración ó de hacienda, y sobre todo á los intereses locales de estas provincias de Andalucía, ha de ser uno de los principales objetos de nuestra REVISTA. Por esta razón nos ha parecido oportuno dar principio á nuestros trabajos con la siguiente *esposicion de las teorías económicas* de la actual época.

Asunto era este, en verdad, mas propio para un libro estenso, que para un breve artículo; pero los lectores que juzguen sobrado superficial la esplicacion de algunas doctrinas, ó bien demasiado obscuras ó aventuradas ciertas de nuestras opiniones, deberán tener en cuenta, que el autor se ha visto precisado á encerrar en los estrechos límites de un *resúmen* los estudios hechos durante largo tiempo, y los datos recogidos en un gran número de obras con la mira de dar á luz un trabajo mas estenso é importante.

DOCTRINAS

económicas y sociales

DEL SIGLO XIX.

No es fácil decidir si en el adelanto que se advierte en las ideas económicas han tenido mayor parte las obras de los estadistas de nuestra época, ó las útiles lecciones de la esperiencia, porque si bien ha sido grande el empeño, y muy señalado el acierto con que se han debatido y esclarecido en numerosos escritos los mas importantes problemas de la economía social, es de igual modo indudable, que los sucesos ocurridos desde la entrada de nuestro siglo, y aun durante el último periodo del décimo octavo, han debido contribuir tan eficazmente á desvanecer mil errores acreditados y perniciosos, como á persuadir la conveniencia práctica de otras ideas, que ántes pasaban por verdades meramente especulativas y de todo punto irrealizables.

Un artículo de límites mas estensos que el que nos proponemos escribir, sería necesario, sin duda alguna, no para referir estensa-

mente, sino solo para apuntar con brevedad los sucesos que por su propia naturaleza, ó por sus resultados, han ejercido algun influjo en las doctrinas económicas de nuestra época. Un simple catálogo de los escritos económicos de este siglo, llenaria las columnas de algunos números de nuestra REVISTA. Habremos por consiguiente de ceñirnos á hablar de los economistas que mas nombradía han alcanzado y de los acontecimientos económicos de mayor entidad y trascendencia.

Tuvo principio la historia económica de nuestro siglo con una triste profecía. El ingles Malthus (1) poco satisfecho con el optimismo de otros publicistas coetáneos suyos, que daban muestras de tener la mas absoluta confianza en los progresos de la humanidad, señalando como remedio eficaz de todas las dolencias sociales el establecimiento de ciertas innovaciones, y especialmente de la igualdad política, creyó ver un mal gravísimo, y un terrible peligro para las naciones, en las mismas causas que se habian mirado hasta entónces como origen de su poder, ó al ménos, como indicio seguro de su prosperidad y de su opulencia.

Fijó el célebre economista ingles su atencion en la suerte penosa de las clases mas numerosas del Estado. No solo en la sociedad presente y en los tiempos en que vivimos, sino en todas las sociedades conocidas, en todas las épocas de que hace mencion la historia, los placeres del lujo y de la riqueza, y hasta las mas modestas comodidades de la vida han sido el patrimonio esclusivo, el privilegio, si es lícito usar de esta palabra, de un número reducido de familias; las privaciones, el trabajo, los sufrimientos físicos de la pobreza agravados con el padecimiento moral que resulta del espectáculo de los goces ajenos; tal es la condicion triste, deplorable, del mayor número de los habitantes de cada pais.

¿Pero donde debe buscarse el origen de este gravísimo mal? ¿En la imperfeccion de nuestros establecimientos de beneficencia? ¿En el desarreglo y atraso de la legislacion económica? ¿O acaso en las instituciones políticas, en la injusticia de los códigos, en la desigualdad social como lo aseguraba por los años de que vamos hablando Mr. Godwin, en una obra (*Political justice*) poco conocida en España?

No basta, segun Malthus, dar ensanche á los establecimientos de beneficencia: no basta abrir en cada calle un hospicio y una caja de ahorros: ni convertir la caridad en obligacion: ni dar nueva forma á las leyes de pobres de Inglaterra. Es inútil alterar las leyes económicas: de nada servirian las revoluciones que dieran por tierra con los gobiernos: de nada la revision de los códigos civiles: de nada las mudanzas políticas: porque las raices del mal son mas hondas. No

(1) La obra de Malthus, sobre el *principio de la poblacion* vió la luz pública, por la primera vez, en 1798. Pero si atendida esta razon puramente cronológica, Malthus pertenece á la historia económica del siglo pasado, pertenece á la del presente, tantó por sus ideas, como por la época en que tuvieron lugar las mas importantes modificaciones de su doctrina.

está en las leyes civiles, ni en los sistemas económicos, sino que debe buscarse en la misma naturaleza.

«La causa de que hablo, dice Malthus, (1) es la tendencia que «se advierte en todos los seres á multiplicar su propia especie mas de «lo que permiten los alimentos que están á su alcance.»

Tal es la idea que sirve de fundamento á este célebre sistema: idea vislumbrada desde los tiempos antiguos por Platon y Aristóteles: no desconocida por otros publicistas y filósofos modernos, como Montesquieu, Franklin, Young, Townsend, y Steward; pero esplicada por Malthus, y comprobada con mayor suma de datos y noticias, y desmenuada por el ilustre economista, hasta llegar á sus mas remotas consecuencias.

Si es triste y precaria la condicion de las clases mas numerosas, al instinto irresistible de donde nace la propagacion de la especie humana, se ha de atribuir su miseria. No á la imperfeccion de las instituciones; sino á la ley que abraza de igual manera á todos los seres creados, y que no señala mas límite á la facultad reproductiva de las plantas y de los animales, sino los que hallan en los medios de subsistencia. ¡Tan grande era el error de los escritores que ensalzaban el aumento de la poblacion, como manantial inagotable del poder y de la prosperidad pública! ¡Tan desacertado ha sido el sistema de los gobiernos que, por medio de estímulos artificiales, procuraban su acrecentamiento!

Mas no se contentó el escritor ingles con señalar esta deplorable tendencia como origen de los sufrimientos sociales que presenciarnos en la época actual; quiso encerrar ademas el porvenir de las sociedades, y de la humanidad entera en una horrorosa fórmula matemática: *la poblacion de los estados siempre crece en progresion geométrica: y en progresion aritmética los medios de subsistencia.*

¡De esta suerte, por mas que vayan en aumento los capitales: por mas que la agricultura prospere: por mas que la industria fabril y comercial florezca: y aunque tome vuelo la riqueza pública, con progresos harto mas rápidos crecerá la poblacion! ¡De su aumento habrá de nacer la miseria de las clases laboriosas, y dichosa la nacion donde la peste ó la guerra logren restablecer el equilibrio!

La desigualdad de las condiciones reserva para un número reducido de individuos los goces de la riqueza: con la igualdad social, á ser dable que se llegase á ver realizada en algun Estado, se lograría que todos quedasen medidos por el nivel desastroso de la miseria.

Inútiles son los adelantos de la civilizacion: inútiles los descubrimientos maravillosos de la ciencia y los prodigios de las artes: el despotismo de los Reyes no es bastante poderoso á dar remedio á este mal: de nada vale para corregirle la libertad de los pueblos, porque un destino inexorable, condenando á los hombres á propagarse con perniciosa celeridad, ha sentenciado al mayor número de ellos á las privaciones de la pobreza.

(1) *An Essai on the principle of population.* Ensayo sobre el principio de la poblacion: lib. 1.º cap.º 1.º

Tal fué la triste profecía de Malthus, contra la cual, á ser cierta, se estrellarian todas las esperanzas de progresos sociales y muchas de las doctrinas de nuestra época, que suelen tener por base la *perfectibilidad humana*.

En las primeras ediciones de su obra se contentó el autor de quien vamos hablando, con desenvolver las causas y explicar la naturaleza del mal, sin apuntar una sola palabra sobre la mejor manera de corregirlo. Si hemos de creer á un historiador de la economía política, se encuentran en aquella edicion, que nunca ha llegado á nuestras manos, las siguientes frases:

«El hombre que nace sin que tenga su familia medios para sostenerlo, y sin que haya menester la sociedad de su trabajo, no tiene el mas mínimo derecho de reclamar ninguna cantidad de alimentos, y está de mas en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto puesto para él.»

Estas duras y terribles frases han desaparecido de las ediciones posteriores. Encuéntrase en ellas, por el contrario, la indicacion de un correctivo para evitar el exceso de poblacion. Este correctivo en que ó bien tuvo fé Malthus, ó aparentó tenerla, para eludir las inculpaciones que de *fatalista* y *pesimista* le habian hecho; este correctivo, que á nosotros nos parece ridículo, y que acaso escite la risa de nuestros lectores, es la abstinencia de placeres carnales: la castidad (*moral restraint*): remedio que, como salta á la vista, es insuficiente para enmendar el daño descubierto por el economista ingles con tan singular tino, y encarecido con exageracion nada escasa.

Apesar de los clamores que se levantaron en la Europa entera, escandalizada con la dureza y crueldad de esta doctrina, apesar de los muchos escritos destinados á refutarla (1) y apesar del descrédito que pudiera resultar contra el autor de los extremos á que le conduce la inflexibilidad de su lógica, bien puede afirmarse que ha descubierto Malthus, ó esclarecido cuando menos, una verdad de suma importancia para la ciencia.

La poblacion de los Estados tiende á multiplicarse en progresion rapidísima, sin necesidad de estímulos artificiales. Mirar el celibato con repugnancia, no desde el punto de vista moral, sino por motivos económicos, es un imperdonable delirio. Las leyes que propenden á generalizar los casamientos y que premian con privilegios políticos al padre de muchos hijos, son leyes absurdas.

Tambien es cierto que muchas de las costumbres y leyes que tienen por mira aliviar la pobreza, no producen mas resultado que asegurar un premio para la ociosidad, y una garantía á la imprevision y á los desórdenes.

La caridad es un bálsamo divino: es una flor cogida en el jardin del Cielo y arrojada á este mundo por la mano de Jesucristo.

(1) Entre otros los de Weylan y Grahame á principios del siglo: posteriormente Sismondi y Villeneuve de Bargemont en su economía político-cristiana. Pueden ademas verse las cartas de Sir Alejandro Everett á Say y la contestacion de este último en su correspondencia, tomo VII del *curso completo de economía política-práctica*.

Pero á veces dá estímulos á la mendicidad, á la pereza y á los peores vicios. Los hospicios, las casas de espósitos y los demas establecimientos de beneficencia, que abundan en los países católicos, ofrecen desventajas no leves. Las leyes de pobres establecidas en Inglaterra y en otros países, desde que el protestantismo abolió los conventos, son un gravámen oneroso para la industria, y acaso no sean tan grandes los males que alivian como los que producen. Pero fuera una mano impia la que, cerrando los hospicios, desterrara el sentimiento de la caridad del corazon humano y aboliese las leyes de pobres donde están en vigor, si en cambio de estos tristes, pero indispensables consuelos, se contentase con dar á los pobres un consejo de prudencia, y con predicar á los pueblos una homilia sobre la castidad.

La industria ha caminado con pasos de gigante: las riquezas se reproducen: los capitales se aumentan con una celeridad increíble; y sin embargo, la condicion de las clases mas laboriosas, mas desgraciadas y mas numerosas, empeora en vez de mejorar en los países de Europa mas cultos y florecientes.

¿Se habrá de atribuir esta plaga social á la propagacion de la humana especie, mas rápida que el desenvolvimiento de las riquezas, ó á la manera viciosa con que estas últimas se distribuyen y consumen en el estado presente de las sociedades?

Cualquiera de estas soluciones que se adopte, el mal es de igual modo grande; el remedio de igual manera posible. El adelanto de las ciencias, de las artes y de la maquinaria no ha conseguido todavía que caminen al mismo paso la poblacion y las riquezas. ¿Pero quién podrá afirmar, teniendo á la vista los milagros industriales de nuestra época, que este equilibrio no llegará á verse realizado? ¿quién podrá afirmar que, en algun tiempo, los progresos de la riqueza no excederán en rapidez á la propagacion del género humano?

Los economistas de nuestro siglo no han atinado con una resolucion conveniente y justa del difícil problema de la distribucion de las riquezas. En buen hora. ¿Pero quién se atreverá á negar á la civilizacion, al saber, á la justicia de las generaciones venideras, la facultad de enmendar esta falta?

Así, la profecía de Malthus, verdadero Jeremías de la ciencia económica, sobre ser una profecía horrorosa, es una falsa profecía.

Los datos estadísticos y geográficos de que tanta gala hace en sus obras, indican un mal seguro en los tiempos presentes; pero lo que es cierto si se aplica á los pueblos pastores, y á las naciones agrícolas y á la sociedad actual: á la Europa y á la América: á la Siberia y al Indostan; á la China y al Thivet: (1) puede dejar de ser cierto en los tiempos venideros:

Sin embargo, el mal cuyas circunstancias trató de inquirir, es una llaga dolorosa de las sociedades, y la cuestion que quiso resolver es el gran enigma económico de nuestro siglo. Por eso hemos hablado con tanto detenimiento de este publicista.

(1) Véanse los diferentes capítulos de los tomos I y II de la obra ya citada de Malthus, destinada á investigar los progresos de la poblacion en las naciones citadas y otras muchas.

Digimos de Malthus que pertenecía por sus doctrinas al siglo presente. De Juan Bautista Say pudiéramos afirmar por el contrario, sin rebajar nada de su mérito, en vista de la tendencia de sus escritos, y de los puntos en que principalmente fijó su atención, que pertenece á la época económica de Genovesi, de Beccaria, del conde Verry y de Adam Smith.

Los escritos de Juan Bautista Say, recomendables por el buen estilo y la claridad, han generalizado y hecho popular en Europa, durante los primeros años de este siglo, la economía política del anterior. Su hostilidad constante contra los gobiernos trae á la memoria los escritos del Dr. Quesnay y de los demas fisiócratas, por mas que les lleve ventajas en otras materias relativas á la parte teórica de la ciencia ó á su aplicacion práctica. El conocido dogma *dejad hacer*, ha sido aplicado y comentado por Say con un rigor de lógica que ha traspasado acaso los límites de la razon y de la utilidad.

No basta con enseñar á los gobiernos cuales son los puntos en que es nociva su intervencion: ademas de decirles lo que han de evitar, es preciso explicarles lo que han de hacer. Esto es lo que se echa de ménos en la obra de Juan Bautista Say.

La existencia de los gobiernos supone una condicion precisa: que estén dotados de ciertas facultades: de cierto poder: en suma, de cierta fuerza ó actividad social. Si esta fuerza, de que no pueden ménos de hacer uso los gobiernos bajo pena de abdicar, no se ejercita en provecho de la riqueza pública, se empleará, sin duda alguna, en su daño. La teoría de los *gobiernos ociosos* es una doctrina que ni llegará nunca á verse practicada, ni sería tampoco conveniente que se realizase.

El economista frances ha dedicado varios capítulos de sus obras (1) á combatir las restricciones que sirven de embarazo á la prosperidad de los Estados: á demostrar los inconvenientes que se seguian para las clases laboriosas de la antigua organizacion industrial y á poner en claro los demas perjuicios de las maestrías y gremios. Pero al par de las reliquias del feudalismo y de las antiguas instituciones políticas, habian ya desaparecido en su tiempo de la legislacion económica, tanto en Francia como en otros muchos Estados, estas costumbres contemporáneas á la infancia de la industria europea. No habia mejorado, sin embargo, á influjos de esta mudanza, la suerte de los trabajadores, sino que por el contrario, comenzaba á serles cada dia mas duro y penoso el peso de su miseria; y aunque esta esperiencia no autorizaba de modo alguno el restablecimiento de la antigua organizacion industrial, poco proporcionada á las necesidades y hábitos de nuestra época, daba á entender por lo ménos, que habia de buscarse el origen de ciertos males, y el medio de enmendarlos, en arbitrios mas eficaces que la crítica inútil é inoportuna de un antiguo y olvidado sistema.

Hablaba pues, Say, de los gobiernos, con el lenguaje apasionado de otras épocas, y no con la imparcialidad de nuestro siglo adoctrina-

(1) Véase en el *Traité d' économie politique* L. I. Chap. XVII § II y en el *Cours complet d' économie politique* IV partie. Chap. IX et X.

do por el útil espectáculo de las revoluciones, y veía en el poder social, mas bien que un amparo, un formidable peligro para la prosperidad de las naciones.

Adversario injusto de los gobiernos, era poco útil su amistad á los pueblos, puesto que, en vez de explicar las causas de los males presentes, se detenía en ponderar las desventajas de las instituciones que han dejado de existir. Por eso hemos dicho, que Juan Bautista Say pertenece por sus doctrinas á una época económica anterior: no es su obra la que conviene estudiar en nuestro siglo.(1)

No se crea por lo que acabamos de decir, que somos injustos con este célebre escritor: campeón activo de la ciencia, lleno de fé en sus doctrinas, las ha propagado con ardor y con perseverancia: aun cuando ha defendido á veces con demasiado teson las antiguas teorías, ha comprendido y adoptado en varias ocasiones los descubrimientos é ideas de otros economistas.

Sus diferentes definiciones de la palabra *valor* son inferiores en exactitud á las de Adam Smith, lo que es tanto mas de extrañar como que la escuela inglesa de nuestros dias habia puesto en claro, (2) con estremado acierto, estos preliminares de la ciencia, cuya importancia es grandísima, por mas que puedan parecer ó metafísicos ó nímios á los lectores superficiales. De sus dos obras la mas voluminosa (*Cours complet d' économie politique*) es la que ménos mérito tiene en nuestro entender. Y no porque carezca de claridad y de otras prendas que nunca se echan de ménos en los escritos de Say: ni porque le falten datos curiosos, y capítulos de utilísima lectura: ni porque se deje de advertir algun progreso en las ideas del autor; sino porque deja frustradas en mucha parte las esperanzas del título, y porque en ella se separa desgraciadamente Say del escelente método propuesto con suma maestría y observado con mediana escrupulosidad en su tratado de economía política.

Apesar de que en el discurso preliminar de este tratado se señalan rigurosamente los límites que separan á la ciencia económica de la política propiamente dicha, y de las artes comerciales, fabriles y agrícolas, se advierten en la misma obra ciertas digresiones, que pudieran sin dificultad suprimirse. Pero en el curso de economía práctica ha renunciado á este acertado método, no solo en la ejecucion, sino en la misma teoría.

Ha renunciado en la ejecucion, puesto que, ademas de entrar en varios pormenores comerciales ó fabriles, que son ajenos de la ciencia, ha dedicado al esclarecimiento de cuestiones políticas muchos capítulos de su obra, donde, con motivo de hablar de los consumos, trata de

(1) Hemos visto, sin embargo, en los últimos años, señalado este libro como testo para mas de un curso: y hay muchos españoles, que pasan por mas que ilustrados, para quienes las obras de Say son las columnas de Hércules de esta ciencia importante.

(2) Pueden verse las notas de Say en la traduccion francesa de la obra de Ricardo: *Principles of Political Economy &c.* y la correspondencia de ámbos economistas.

la confeccion de las leyes; de la administracion civil; de la defensa de los Estados; de los sistemas agresivo, defensivo &c.

En la teoría, puesto que, despues de haber afirmado en su primera obra, que desde Adam Smith acá se ha reservado el titulo de economía política para la ciencia que trata de las riquezas, ha dicho que la economía política abraza todo el sistema social. (1) Pero si en estas materias ha dejado de caminar Juan Bautista Say al par de las doctrinas y de los sucesos de nuestro tiempo, no por eso dejan de ser hoy dia oportunas y progresivas muchas de sus opiniones. Desde Adam Smith acá el mayor número de los economistas, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan y las doctrinas que acerca de otros puntos profesen, han clamado por la libertad del comercio. Entre todos ellos ha sobresalido Say por la claridad y tino de su teoría de los mercados ó salidas (*Debouches*) de los efectos de la industria; llegando á tal extremo la irresistible fuerza de sus argumentos, que es mengua de los gobiernos, y baldon de nuestro siglo, que permanezcan separadas las naciones por las barreras fiscales del sistema restrictivo. (2)

Las leyes, las ordenanzas y los reglamentos ideados por el espíritu fiscal de los gobiernos, con el objeto de estimular la industria de las naciones, han solido tener resultados opuestos á las miras y fines de su promulgacion. Cualquiera que sea la proteccion que se dispense á la industria de un Estado, aun cuando en vez de impedir la introduccion de artefactos estraños con la frágil vigilancia de las Aduanas, lograra levantar el sistema restrictivo una muralla de bronce, y circundase con ella las fronteras de cada país, la produccion no escederá nunca de los límites que le impone la cantidad de los capitales puestos en juego por el trabajo, con el auxilio de los adelantos científicos é industriales, y bajo el amparo de las leyes.

Podrá dar impulso el gobierno á un género determinado de industria, separando de su curso natural á los capitales, con perjuicio casi seguro del interes individual; pero no alcanzará su poder á aumentar la suma total de los productos. La competencia estrangera podrá, por el contrario, ser perniciosa para un ramo de riqueza; pero la introduccion de géneros estrangeros, por cuantiosa y abundante que sea, no servirá de obstáculo á la produccion en general. ¿Acaso esos mismos

(1) En dar importancia á esta cuestion de método, no hemos hecho mas que seguir la general costumbre de los escritores de nuestro siglo: el historiador de la ciencia de que nos ocupamos, Mr. Blanqui, cuyos juicios no dejan de ser vagos é incoherentes en algunas ocasiones, apesar del mérito indisputable de su obra, iacurre, hablando de este mismo punto, en una contradiccion muy notable. Elogia primero á Say por haber reducido la ciencia á sus límites precisos (*Histoire de l'Economie politique t.º 2.º pag. 226 de l'edition de Paris.*) y luego algunos párrafos mas adelante (pag. 233) por haber traspasado estos límites.

(2) Las opiniones que se manifiestan así en este como en los demas artículos se han de considerar como opiniones particulares de sus respectivos autores y no de todos los redactores del periódico.

géneros no habrán de pagarse con otros productos de la industria nacional? (1)

Pero la doctrina de la libertad mercantil, sin dejar de ser una teoría económica, tiene una importancia verdaderamente social y un porvenir inmenso. El día en que se vea realizada, el día en que haya desaparecido esa rivalidad fabril y comercial de las naciones, de donde han nacido sangrientas y prolongadas guerras, el día en que el principio de la division de trabajos y de industrias se vea puesto en práctica, no en los límites estrechos de un taller, ni en los de una ciudad, ni en los de un Estado, sino entre todas las naciones del globo; ese día estarán enlazados los pueblos con las relaciones recíprocas é indisolubles de la producción y del consumo. Ni la ambición de los príncipes, ni el delirio de los pueblos serían poderosos á soltar estos lazos: las guerras mercantiles, azote del décimo séptimo, y aun del décimo octavo siglo, llegarán á ser absurdas: las de política ó de conquista imposibles: y la grande obra de armonía y de paz comenzada por el cristianismo, quedará consumada. El cristianismo estableció la unidad moral de la especie humana: la libertad mercantil afianzará la unidad material de los pueblos.

La historia de los primeros años de este siglo, no tiene nombre alguno célebre que añadir á estos dos que hemos mencionado. Representa Say las doctrinas legadas á nuestra época por las anteriores escuelas de economía pública, al paso que Malthus propuso en su estimable obra el difícil problema que está obligada á resolver la ciencia económica de nuestro tiempo.

Los escritores que se han ocupado posteriormente de las mismas materias, esto es, de la producción, distribución y consumo de las riquezas, pueden dividirse en dos grandes escuelas, apesar de la diversidad estremada con que discurren acerca de muchos puntos, no solo de importancia subalterna, sino de interés capital.

Miran los unos como especial y aun como esclusivo objeto de sus tareas la descripción de las leyes complicadas que arreglan, en el estado presente de la civilización, la producción de las riquezas, sus cambios, distribución y consumo. Han separado su atención de las ideas de justicia ó de moralidad propias, en su entender, del dominio de distintas ciencias, y procurado descubrir con fidelidad y exactitud los procedimientos asombrosos de la maquinaria, la acción de los capitales, las reglas que presiden á la distribución de los productos, fijando el precio de los géneros, la cuota de los salarios, é influyendo en las ganancias del capitalista y en la renta del propietario; han dado cuenta de los servicios de la moneda, de los mejores medios descubiertos para suplir sus defectos y de los recursos extraordinarios del crédito.

Acostumbran los otros dar mayor amplitud á los límites de sus investigaciones: descontentos con la descripción de lo que existe, hablan

(1) ¿Nos harán regalo los Ingleses de sus algodones, á nosotros que no tenemos minas de oro ni de plata en nuestro territorio, ó llevarán en cambio nuestros vinos, ú otros productos de la industria agrícola ó fabril?

de lo que debería ser: añaden á la demostracion de los fenómenos materiales relativos á las riquezas, un análisis de la injusticia con que se distribuyen. No se ciñen á observar y explicar los hechos, ni á averiguar sus resultados y las causas de donde provienen; sino que, ensanchando la jurisdiccion de la ciencia, si nos es permitido usar de esta frase, comparan los beneficios que resultan á las diversas categorías sociales de los adelantos de la industria, y tratan de poner remedio á los sufrimientos morales y físicos de las clases laboriosas.

La primera de estas escuelas es principalmente descriptiva: la segunda es por esencia reformativa é innovadora; sin que se haya de entender por esto que no se encuentran entre las doctrinas de la una útiles proyectos de innovacion económica, ni que carezcan los libros de la segunda de algunos exactos análisis de la situacion de las sociedades en que vivimos. (1)

El economista ingles David Ricardo, amigo de Jeremías Bentham y de Jaime Mill, miembro ilustre del parlamento, defensor del radicalismo filosófico, principalmente en su aplicacion á las materias económicas, y autor de la mejor obra de Economía Política que se ha escrito desde Adam Smith hasta nuestros días, fué, sin duda alguna, el jefe y el fundador de la escuela que hemos llamado descriptiva.

Pero ántes de hablar de este economista y de sus escritos, nos es necesario apuntar nuestras ideas sobre las doctrinas *utilitarias* que profesaba, y *sobre el radicalismo* filosófico de Bentham y de Mill en su aplicacion á las cuestiones económicas.

El principio de *utilidad* tan encomiado por los unos, tan deprimido y vilipendiado por los otros, que así los elogios como los vituperios han traspasado la raya de la verdad y de la justicia, es peligroso en su aplicacion á la política propiamente dicha, porque mirando con desden los antecedentes de la humanidad, condenando la historia en nombre de la filosofía, y cortando el hilo de las tradiciones nacionales, no satisface sino á uno solo de los dotes de la humana especie: á la razon y al pensamiento. ¡Como si la influencia de los hábitos no superara á la del raciocinio! ¡Como si los afectos y las pasiones carecieran de ascendiente sobre nuestra organizacion!

Su aplicacion á la reforma de los códigos civiles y penales presenta inconvenientes no leves. Los sentimientos del alma unen á las familias con lazos mas firmes que los preceptos legales; la noción del *derecho*, distinta é independiente de las leyes escritas, y de ninguna manera subordinada á ideas de utilidad, ha sido desconocida por los

(1) Hemos hecho esta division de las escuelas económicas, cuya imperfeccion no se nos oculta, por no haber podido encontrar ninguna otra en los libros que tratan de la materia. Las historias de la economía política suelen terminar en los últimos años del siglo pasado y no se ocupan de mas escuelas sino de la mercantil, de los *Phisiócratas* y de *Adam Smith*: la obra de *Mr. Blanqui* ya citada, que alcanza hasta mucho mas adelante, contiene una clasificacion que nos parece de todo punto inútil: divide á los economistas en escuela Francesa, Inglesa, Italiana &c. Nuestra division se funda en una diferencia esencial si bien abraza en cada uno de sus extremos á escritores de muy diversas ideas.

utilitarios, y sin embargo, ejerce el mas notable influjo en las creencias y en las costumbres de los pueblos.

La escuela *utilitaria*, si llegara á difundir sus doctrinas, agotaria el manantial de las inspiraciones en el pecho de los poetas y de los artistas. La preeminencia, ó por mejor decir, el aprecio exclusivo de lo útil llegaria á ser inconciliable con el sentimiento esquisito de la *belleza*: Arkwrith y Watts eclipsarian á Virgilio y á Miguel Angel: el constructor de un mediano camino de hierro valdria, en la estimacion de los hombres, mucho mas que Platon y que Homero.

Pero hay un ramo del saber, que por su objeto y por su índole admite, sin riesgo alguno, las aplicaciones de la doctrina *utilitaria*: y este ramo del saber es la economía política, esto es, la ciencia de las riquezas y de los intereses materiales. Reducida esta ciencia á los límites que le han trazado los economistas ingleses contemporáneos, ni tiene enlace alguno con los recuerdos tradicionales de los Estados, ni con los afectos y simpatías del corazon, ni con las nociones de la belleza de la justicia, ni del derecho. La economía política no reconoce otro principio sino el de la utilidad.

Así es que el radicalismo ingles ha consagrado con predileccion evidente sus esfuerzos á enderezar los abusos introducidos en la legislación económica, y que los escritores de la escuela *utilitaria* han dado mejores muestras de tino y de acierto en la aplicacion de sus teorías de economía pública, que en los demas ramos de las ciencias sociales. (1)

Dieron celebridad á David Ricardo sus diferentes escritos (2) sobre puntos económicos de aplicacion inmediata. Sus conocidos folletos sobre la gran cuestion del crédito y de los bancos demuestran la reunion de dos prendas de mucho precio, y que rara vez se encuentran juntas: el conocimiento práctico de los negocios y la comprension abstracta de los principios.

Pero si en sus oportunos folletos adquirió Ricardo popularidad y

(1) Distamos mucho de desconocer el servicio eminente que ha prestado Bentham á la ciencia de la Legislacion con la publicacion de muchos de sus escritos. Pero ademas de que el mismo publicista ha dado muestras igualmente admirables de su crasísimo ingenio y atinada lógica en su tratado sobre la *Usura* y otros escritos económicos, ¿quién duda que las cuestiones prácticas de este género como el diezmo, las leyes de cereales y de pobres, son las que han afianzado en Inglaterra la popularidad y el triunfo de los radicales? Deben consultarse los escritos de Mill, de Ricardo y de otros utilitarios, los debates del Parlamento y algunas obras periódicas principalmente la Revista de Westminster y Londres.

(2) «*The high price of bullion, a proof of the depreciation of bank notes*» El valor elevado de los metales preciosos prueba el desprecio con que se miran los billetes del banco. Publicado en 1809. (*Reply to Mr. Bosanquets*). Sobre la misma cuestion, en 1811. «*Essai on the influence of low price of corn on the profits of stock*». Ensayo sobre la influencia del bajo precio de los granos en las rentas, 1815. «*Proposal for an economical and secure currency &c.*» Sobre un sistema de monedas económico y seguro. 1816: y otros varios.

renombre, la obra que le ha colocado al frente de una escuela, es su excelente tratado sobre la economía política y los impuestos. (*Principles of political economy and taxation.*) No abraza este libro el dominio entero de la ciencia, porque su autor, tomando por punto de partida las ideas plenamente esclarecidas, no se ocupa de la producción de la riqueza, ni de las otras materias en que ménos dejan que desear los demás escritores de su escuela.

En el primer capítulo de su obra se ocupa del sentido de la palabra *valor*, cuya definición es la piedra angular de la ciencia; y en los siguientes, de los dificultosos problemas á que dá nacimiento la distribución de los productos y su consumo.

La doctrina económica de David Ricardo y de su escuela, fundada en observaciones exactas y en ingeniosos análisis, y fecunda en utilísimas deducciones, puede reducirse en su esencia á las tres siguientes ideas, cuya demostración, agena de este lugar, es el principal objeto de la obra citada.

Los valores dependen de la cantidad del trabajo invertido en la producción; pero las ganancias del capitalista son independientes de los gastos que la producción ocasiona.

La subida de los salarios no influye en la subida de los precios, sino que solo ocasiona una disminución en las ganancias del capitalista.

El precio de los salarios depende del de los artículos de primera necesidad, y el de estos últimos, de la calidad de las peores tierras puestas en cultivo: debiendo advertirse, que los adelantos de la población y de las riquezas exigen que se dé mayor amplitud á la agricultura y el uso por consiguiente de tierras ménos fértiles y productivas.

Las consecuencias sociales que pueden con mayor facilidad deducirse de la doctrina Ricardo son las siguientes.

Segun las leyes que rigen la distribución de las riquezas en el presente estado de los países industriales, la cuota de los salarios no cederá nunca de la cantidad necesaria para asegurar la existencia material: esto es, para costear la subsistencia del obrero: la clase más numerosa de la sociedad está condenada á una penosa é irremediable pobreza.

Con los adelantos de la riqueza pública, y el aumento de la población van menguando los réditos de los capitales; pero desde el momento en que baje el precio de los artículos de primera necesidad, á influjo de una reforma en las leyes de cereales, quedará superado este tropiezo que encuentra el desenvolvimiento de las riquezas.

Están contrapuestos en la apariencia los intereses de jornaleros y capitalistas; pero ámbas clases quedarian favorecidas (1) con las leyes que tendiesen á abaratar los medios de subsistencia.

Los demás escritores de esta escuela, especialmente Mill y M.

(1) El alivio de los jornaleros solo sería momentáneo; puesto que la baja en el precio de los artículos de primera necesidad, abarataría los salarios.

Culloch, han seguido con leves diferencias el mismo método, y profesado las mismas doctrinas de Ricardo. Algo mas se ha separado de ellas Mr. Torrens; pero no tanto que no haya de ser contado entre sus discípulos.

No falta quien culpe á estos ilustres escritores por la sequedad de su estilo, por las fórmulas punto ménos que algebraicas de que suelen Ricardo y Mill hacer uso: por la frialdad con que describen el estado presente de la sociedad con todas sus injusticias é imperfecciones: y por la indiferencia con que han solido mirar en sus obras los sufrimientos de las clases industriales. Acúsánlos de estrechez en las ideas, y de crueldad en los sentimientos, suponiendo que ponen todos sus esfuerzos en dar estímulo á la produccion de las riquezas, sin hacer cuenta con los inconvenientes de su reparticion y consumo. Si se ha de dar fé á lo que sus adversarios afirman, no miran á los hombres como seres humanos dotados de sensibilidad y de razon, sino como ruedas necesarias para dar impulso á la industria del Estado.

El mayor número de estas inculpaciones carecen de todo linage de fundamento. De las imperfecciones de la sociedad actual, de la injusticia con que las riquezas se distribuyen y consumen, de los padecimientos de las clases laboriosas, pueden ser responsables los gobiernos que no se esfuerzan por remover estos males, pueden serlo los autores de la legislacion vigente en las naciones Europeas, ó los hombres en general, y por mejor decir, la naturaleza que los hace tales como son, con la razon imperfecta que los guia, con los instintos que los mueven, y con las pasiones que los seducen. Pero no es equitativo achacar el daño á quienes han sido los primeros en averigiarlo y descubrirlo.

Mil libros atestados de huecas declamaciones sobre la condicion actual de los proletarios de nada han servido para mejorar su suerte. Ménos se adelanta, por cierto, para la enmienda de un mal con encarecer su intensidad, que con descubrir la fuente de donde nace.

Tambien se ha dicho de los escritores ingleses (1) de la moderna escuela de economía social, que dan un giro sobrado especulativo á sus investigaciones, poniendo todo su esmero en el esclarecimiento de los principios abstractos, y separando la vista de la realidad y de la aplicacion práctica de sus doctrinas.

Es cierto que David Ricardo ha dado una forma eminentemente científica á su obra: es cierto que, desdeñando todo linage de declamaciones, ha fijado su atencion esclusivamente en los objetos que era su ánimo investigar: es cierto que cometeria un grave error y una falta imperdonable el gobierno que tratase de convertir en leyes todos los colorarios de su doctrina, sin preparacion ni graduaciones de ningun género, y sin tener en cuenta otros intereses de tanta trascendencia y magnitud como la multiplicacion y distribucion de los productos. Mas léjos de haber incurrido en falta, nos parece, por el contrario, que es digno de toda alabanza el célebre economista contemporáneo, porque ha sabido diferenciar la mision del sabio que busca en la ciencia el conocimiento de los hechos, y de los principios, del gran objeto de los legisladores que debe consistir, muy especialmente, en la conciliacion de todos los intereses.

Y cualquiera que sea el método de sus obras ¿se podrá achacar al ilustre jefe de la escuela Inglesa, un culpable olvido de la aplicacion práctica de sus principios, cuando tan grande ha sido su influencia en la reforma económica de Inglaterra? ¿Se podrá graduar de escritor nebuloso y metafísico al autor de los excelentes folletos sobre los billetes del ban-

(1) Puede verse esta inculpacion de las obras de Say y Sismonde de Sismondi.

co, y las leyes de cereales, y los empréstitos? (1) ¿Puede ser tachado de visionario el miembro distinguido de la *Cámara de los comunes*, cuya intervención era implorada en los mas espinosos debates por los partidarios de todas las opiniones, y cuya voz no dejó nunca de ser oída cuando necesitaban de defensa los intereses económicos de su país, ó de corrección algun abuso, ó de desagravio alguna señalada injusticia? (2)

Tampoco merecen la inculpacion de utopistas los otros escritores de esta escuela Inglesa. No la merece de seguro, para mencionar unicamente á los mas ilustres, el sabio autor de la historia de la India J. Mill, ni Mac-Culloch, no ménos nombrado por sus excelentes escritos sobre el comercio en general y sobre la estadística de la Gran Bretaña, que por su tratado de economía política, ni el ministro Huskisson, ni su sucesor S. Henry Parnell, cuya obra sobre la Hacienda Inglesa es digna del mayor encarecimiento.

Si pudiese tener la ciencia apóstoles y mártires como la religion, la economía política debería honrar por ambos respectos el recuerdo de Mr. Huskisson. Miembro influyente del gabinete de Mr. Canning sostuvo así en el seno de los consejos del gobierno, como ante la Cámara popular, con la energia del convencimiento y con la autoridad y el ascendiente del talento y de la esperiencia, los sanos principios de Administracion y de Hacienda y muy especialmente en lo relativo á la libertad del tráfico mercantil. (3)

No faltó entónces quien atribuyese á efectos de un imprudente celo y de ciega fé en teorías irrealizables las innovaciones propuestas por aquel entendido ministro. No faltó quien tratase de poner en alarma los intereses de la industria, ademas de ponderar el perjuicio que con la reduccion de derechos de entrada habia de recibir el Erario, y con las modificaciones en las leyes de navegacion (*navigation act*) el poder naval de la Gran Bretaña.

Pero la esperiencia de quince años demuestra, con datos irrecusables, el desacierto de tales prevenciones: el predominio que continúan ejerciendo las escuadras inglesas sobre los mares, el vuelo que ha tomado desde entónces la industria de aquel país, superando, si dable era, á la prosperidad de las anteriores épocas, y los subidos ingresos de las Aduanas, (4) en cuyo aumento ha influido la misma baja de *derechos*, acreditan sobradamente que no son necesarias las injusticias, ni los monopolios para afianzar el poder de los Estados; que no son los rigores del fisco y la exageracion de los aranceles los medios mas adecuados para colmar las arcas del tesoro, y por último, que jamas padecen ni el trabajo fabril ni el comercio con la remocion de las trabas que lo embarazan y oprimen.

Despues de haber consagrado su vida entera aquel ilustre Estadista á la aplicacion de los mejores principios de economía civil, des-

(1) Véase el artículo de Ricardo: *Pundig sistem*: en el suplemento de la Enciclopedia Británica.

(2) Ricardo sostenia por lo general las doctrinas de los radicales ingleses siempre que no escediesen los límites de la justicia y de la conveniencia: era defensor del *escrutinio secreto* (*the ballot*); pero no del sufragio universal. Era ménos admirado por la elocuencia de su lenguaje que por la fuerza irresistible de sus racionios.

(3) Pueden consultarse sobre este particular las sesiones del Parlamento ingles y la excelente obra de Granville sobre *la administracion de Mr. Canning*.

(4) Véase el bosquejo de la situacion de la Hacienda Inglesa presentada al Parlamento por el Ministro Spring-Rice mismo tiempo que los presupuestos de 1836.

pues de haberlos defendido en la tribuna del Parlamento con su elocuencia, y vencido con mayor dificultad y lauro los inconvenientes prácticos que se ofrecían para la ejecución de sus proyectos, pereció en 1830, siendo su muerte un nuevo testimonio del zelo con que miraba por los adelantos materiales de su país. Ministro de la corona y representante por Liverpool, quiso asistir al primer ensayo de un camino de hierro que se acababa de construir entre aquella rica ciudad y Manchester. El carro (wagon) pasó sobre su cuerpo.

No ha sido menor el empeño y la perseverancia con que ha sostenido los mismos principios, dentro y fuera del Parlamento, con sus escritos y con su influencia, Sir Henry Parnell, hombre de consumada experiencia y autor de la obra mencionada sobre *la reforma de la Hacienda inglesa*. (1)

Además de contener un gran número de ideas nuevas y al parecer oportunas, sobre la reforma de la administración civil, naval, militar, económica y de las colonias, encierra este libro una excelente defensa, apoyada en conocimientos prácticos y positivos de las doctrinas de los economistas y especialmente de David Ricardo.

Las reformas de Mr. Hukisson habían encontrado un obstáculo en las prevenciones populares y en la tenaz resistencia de los partidarios de las antiguas leyes económicas. Sir Henry Parnell ha apreciado en su justo valor la importancia de estas novedades, cuyo principal objeto consistía en reducir al *mdximum* de 30 por ciento los derechos más crecidos de introducción. De esta suerte se había logrado impedir, con provecho del Erario, que buscara el tráfico su utilidad en el contrabando; pero como impiden aun estos derechos, apesar de su rebaja, la concurrencia de los artefactos extranjeros, no debe estimarse por realizada en Inglaterra la doctrina de la libertad mercantil. Sir Henry Parnell aboga con tesson y con talento por la completa aplicación de este principio, por la reforma del sistema colonial, por la reducción de los gastos públicos, por la sustitución de un sistema de contribuciones extraordinarias al de los empréstitos destinados á cubrir los gastos accidentales, y sobre todo, por el establecimiento de un impuesto sobre los propietarios de tierras, impuesto que es ciertamente la consecuencia más rigurosa y lógica de los adelantos de la economía civil; pero cuyo reparto y distribución ofrece muy serias dificultades, siendo con todo extremo difícil dejar á salvo los capitales empleados en el cultivo, de tal modo que solo pese el gravámen sobre las rentas de las tierras.

Basta con los ejemplos citados para probar que la escuela Inglesa de nuestro días no adolece del defecto que se le atribuye: es cierto que las obras de David Ricardo tienen un carácter exclusivamente especulativo como es forzoso que lo tenga cualquier tratado de su especie: es verdad que era dado su autor al esclarecimiento de las teorías y de los principios abstractos; pero al mismo tiempo tenía fé en la posibilidad de aplicarlos. Las obras científicas de esta escuela suelen tener por objeto esclusivo la *descripcion* de los fenómenos relativos al reparto y consumo de las riquezas, segun acontece y ha de acontecer de seguro, mientras no sobrevenga un cambio absoluto en la organización actual de las sociedades. Pero la historia inglesa de nuestros días presenta testimonios irrecusables de que no fijaban todo su interés, ni todo su empeño, en cuestiones meramente especulativas.

No se han detenido sin embargo tanto como debieran en la contemplación de un hondo y gravísimo mal de los tiempos en que vivimos.

En vano abraza el imperio Británico estensísimas posesiones en

(1) De la reforma de la Hacienda pública de Inglaterra. Puede consultarse la traducción de D. V. Encina y Piedra; Nos proponemos hacer un detenido análisis de esta obra en uno de los primeros números de la Revista Andaluza.

uno y otro continente: en vano ejerce el mas poderoso influjo en los negocios políticos del mundo entero: en vano tremola respetada y temida la bandera inglesa en todos los mares conocidos. Crece cada dia la prosperidad del *Reino Unido*: sus riquezas se aumentan con progresos rapidísimos é increíbles: su opulencia no tiene ejemplo en la historia: pero bajo del velo dorado de tanto poder y de tanta grandeza se esconde una miseria horrorosa.

Los talleres de Manchester y de Birmingham son objeto de general asombro para los países civilizados, y de envidia para las naciones mas ricas é industriales. ¿Donde han llegado mas léjos el poder fabril de los hombres, la perfeccion del trabajo y los adelantos de la maquinaria? Los fabricantes de Birmingham y de Manchester admiran al mundo con su riqueza y proveen al Universo entero con los estimados productos de sus talleres. Pero dentro de esos talleres vive una poblacion numerosísima que recibe, dia por dia, el escasisimo salario que es estrictamente indispensable para prolongar su penosa existencia. Con el espectáculo del lujo y de la opulencia ante sus ojos: con la miseria que los obliga á trabajar desde los años de la infancia, en que las tareas fabriles son mas perniciosas y nocivas: con el triste derecho que les aseguran las *leyes de pobres* de recibir en los años de su vejez la limosna de las parroquias: y con las predicaciones peligrosas que les hacen fundar sus esperanzas de alivio en la subversion del Estado social, origen seguro de universal pobreza y ruina en un país de prosperidad tan artificial y frágil como la de Inglaterra: en vista de tantos sufrimientos, enfin, como los abruman en la presente organizacion de la sociedad, y de tan falaces atractivos como debe ofrecerles cualquiera idea de cambios y novedades, es de temer que falte algun dia á aquel imperio tan envidiado y tan prepotente, el cimiento que sirve de base á su prosperidad y á su opulencia. Y este riesgo que acabamos de describir, no amenaza tan solo á la industriosa Inglaterra: amenaza del mismo modo á todas las naciones fabriles: amenaza á la vecina Francia y pone en peligro á la Bélgica, como lo demuestran los sucesos no muy lejanos de Anzin y de Lion. Igual peligro correrá nuestra España, si con los progresos de la civilizacion y con los estímulos de la libertad política llega su industria fabril á tomar incremento.

No ha hablado, ó ha hablado poco, la escuela inglesa de la mejor manera de remover estos males, de evitar tan terribles peligros y de poner enmienda á tan dolorosas injusticias. O han creído David Ricardo y sus discípulos que se apartaba esta cuestion espinosa del objeto de sus investigaciones, ó bien han pensado, (y esto es lo que tenemos por mas probable) que no debían parár su atencion en males que carecen de remedio, á ménos de cambiar radicalmente la organizacion social de las naciones.

No ha faltado quien fije su vista en problema tan difícil: los escritores de la escuela llamada *Social* (1) y muy principalmente Mr. Sismonde de Sismondi y ciertos utopistas, entre los cuales descuellan el ingles Owen y los franceses Saint-Simon y Fourier, se han ocupado de estas árduas cuestiones.

¿Han atinado con el mejor medio de corregir las desigualdades injustas de la sociedad presente? Tales han de ser las investigaciones de que nos ocuparemos en la segunda parte de este *resúmen*.

ALEJANDRO LLORENTE.

(1) Véase la obra citada de Mr. Blanqui.

LITERATURA GRIEGA.

La antigua Grecia parece haber sido destinada para dar origen é impulso á esta civilizacion occidental progresiva, fecunda y expansiva. El pueblo hebreo habia ya llevado á un punto extraordinario de perfeccion varios ramos de literatura; pero la indole, las leyes, y las ideas religiosas de esta nacion especial, la aislaban entre las demas, hacian estériles sus conocimientos, y los condenaban á no pasar de ciertos limites reducidos. En Egipto y en la India florecieron muchos filósofos, é hicieron notables adelantos en la geometría y astronomía; mas el mecanismo de la sociedad de estos paises paralizaba los progresos intelectuales, estacionando la civilizacion. Solo entre la noble familia Helénica se encendió la llama abrasadora é inextinguible del génio europeo. Una luz poco intensa, siempre igual, iluminaba el ámbito de los otros pueblos: en Grecia se prendió fuego á una hoguera que debia estenderse por todo el orbe, dejando por dó quiera señales de su irresistible voracidad. Este es el carácter esencial de la literatura griega, y la circunstancia que mas recomienda aquel suelo privilegiado.

La ambicion y la gloria literaria no aspiraba en las demas regiones mas que á estenderse por el corto recinto de una nacion. Los aplausos de un escaso número de habitantes satisfacian á aquellos modestos escritores; pero las cien trompas de la fama no llenaban el deseo de celebridad de los griegos. No contentos con el brillante espectáculo del triunfo obtenido en la parte culta del mundo, querian conquistar para la civilizacion nuevos climas, y ver su nombre aclamado en remotas regiones y repetido con entusiasmo por la posteridad. En donde quiera que alcanzaba su comercio fundaban colonias, y plantaban el

árbol fecundo de las ciencias, cuyos frutos repartian con mano pródiga á sus convecinos.

Así propagaron sus artes, sus descubrimientos por toda Italia, y la misma Roma, superior en el arte militar á sus rivales, fué tosca, ignorante hasta que penetró con sus victorias en el santuario de la ilustracion, y bebió en el purísimo raudal que allí tenia su nacimiento. Desde entonces rica con los despojos ajenos, pudo competir en las lizas académicas, como antes en el campo de batalla, y llegó á dominar al mundo con el doble título de la inteligencia y de la fuerza. Sin embargo, aquellos vencedores ilustrados rendian homenaje á la superioridad de sus maestros, y le pagaban una especie de féudo, enviando la juventud á Atenas á perfeccionar sus estudios y usando frecuentemente su idioma en la vida doméstica.

Las conquistas de Alejandro estendieron por el Asia el conocimiento de la lengua y de la literatura griegas, y dividido el imperio romano en imperio de Oriente e imperio de Occidente, conservó este último el habla rica y magestuosa de Homero y de Demóstenes.

Aunque despues el gusto haya variado, aunque se hayan desenvuelto entre los modernos pasiones mas delicadas y distinguidas solo entre sí por lijeros matices, aunque el progreso de las ideas nos haga echar de ménos en los autores griegos, la lógica severa y el caudal de conocimientos acumulado posteriormente, todavía los admiramos como escritores y aun como filósofos, si tenemos en consideracion el tiempo en que florecieron.

Ejercitóse en la poesía el primer ensayo de la fuerza de su genio y produjo desde luego composiciones acabadas en los poemas de Homero, y llenas de belleza, aunque mezcladas con trozos prosáicos de los versos de Hesiodo.

No puede negar la crítica mas intolerante á Homero uno de los puestos mas eminentes en la república de las letras. Carece, sí, de la variedad que en el dia hubiera amenizado sus obras, y los medios de que se vale para producir efecto sobre los lectores, son pocos y repetidos; pero en la manera de presentarlos los diversifica hasta el infinito. Su fecunda imaginacion le hace dar nuevo ser, nueva vida á los objetos, cada vez que los mira; y es un verdadero creador, siempre que se repite. El atraso de un siglo en cultura social no le permitió sacar partido de todas las dotes de su vasto genio, y sin embargo dá muestras frecuentes de que la sensibilidad y la ternura, cualidades las mas estrañas á su tiempo, hacian vibrar sus nervios, y de que le faltó solo haber nacido mas tarde, para sobresalir en estas prendas en nuestros dias tan estimadas. La magestad, la sencillez, la fuerza y la sublimidad caracterizan su estilo, y si á veces parece lánguido, es porque se empeña en narraciones y descripciones interesantes para sus contemporáneos, triviales y prolijas para nosotros. A cada paso descubre que pertenece á una sociedad na-

ciente, cuyos ojos por la primera vez, se abren al grandioso espectáculo de la naturaleza. Todo lo explica, todo lo advierte: sus lectores todo lo ignoran. Muchas de sus palabras estan acompañadas de un epíteto que amplifica la idea contenida en ella. Una isla está siempre rodeada del mar, una selva siempre formada de árboles.

Hay una circunstancia notable, nunca notada, y es los muchos rasgos de semejanza, que se encuentran entre el estilo de Homero y el de Cervantes: ambos usan las mismas repeticiones, ambos tienen la misma manera de formar los períodos, emplean ambos la misma abundancia de epítetos pintorescos, y los dos manifiestan la disposición del ánimo, el tono de la voz y aun el gesto de los interlocutores, antes de empezar sus discursos. Uno y otro pintan en grande, sin acabar sus cuadros, y tienen también las mismas incorrecciones.

Nos hemos detenido tanto en este poeta, por ser el que puede presentar la antigüedad, cuando los modernos les disputen la supremacía. Todos los demás están vencidos; este solo se ostenta, sino siempre vencedor, igual en el combate à los mas esforzados.

En los poetas posteriores de su nación hay mas esmero, mas gusto, mas delicadeza, mas pensamientos propios de una época de cultura, mas medios de interesar à los lectores; pero tambien ménos riqueza y armonía en la versificación, ménos grandiosidad en la manera de copiar la naturaleza, y ménos estro y expresión en el estilo. Le son inferiores sobre todo en la animación y la verdad con que sus personajes sienten, se mueven y se distinguen unos de otros.

Sófocles, el mas aventajado de todos los dramáticos antiguos, es notable por la corrección de su estilo, por la novedad y fuerza de sus situaciones, por lo bien delineado de sus caracteres, y por haber llevado el teatro à un grado de perfección, cual pocas veces ha alcanzado el genio moderno.

Eschilo, incorrecto, hinchado, atavió à Melpómene con las galas propias de la musa épica, pero tiene grandes bellezas, y no puede negársele la gloria de ser el creador de la tragedia antigua.

Eurípides, tierno, delicado, elegante, sería el Racine de los antiguos, si hubiera sabido concebir mejor sus planes, y combinar mejor la composición de sus fábulas.

Si pasamos à los géneros cortos, encontraremos bellezas inimitables de estilo, aunque no un grande interés en el conjunto. Teócrito, Anacreonte se encuentran en este caso. Píndaro, el celebrado Píndaro, admira por su grandilocuencia, y por la multitud de pensamientos sublimes y de expresiones atrevidas y nuevas que contiene; pero es duro, oscurísimo y con dificultad hallarian en él los modernos mucho agrado.

Con no menor éxito cultivaron la prosa los griegos, y aca-

so fueron respectivamente superiores en su género á los poetas; pues aunque la literatura moderna cuenta prosadores mas filosóficos, y algunos de elocuencia mas apasionada la sencillez, la gracia, el fuego y la perfeccion de estilo de varios de los primeros está aun por alcanzar.

Nos han quedado arengas de varios oradores, y algunos modelos dignos de estudiarse; pero todos ceden ante el genio extraordinario y el arte inimitable de Demóstenes, quien tiene aun en el dia el cetro de la elocuencia. Superior á Ciceron en sobriedad, en fuerza de raciocinio, en el don de ocultar sus medios oratorios, y de retorcer contra su adversario sus propios argumentos, sólo le era inferior en delicadeza para halagar el amor propio de un rival temido, y en los festivos chistes, que el orador Romano empleaba, cuando quería retirar del campo á un personage respetable, cuyas virtudes y cuya reputacion le ponian á cubierto de la punta acerada de la lógica y del golpe aterrador de los movimientos oratorios. Asi es que el uno agotaba sus fuerzas, luchando contra Focion, mientras que el otro sin esfuerzo, con maña y con destreza, desarmaba á Caton.

Los historiadores griegos llevan la ventaja á los demas historiadores profanos, antiguos y modernos, de haber reunido todas las cualidades necesarias para desempeñar cumplidamente su objeto. Politicos, militares, hombres de estado, oradores, todo lo eran; y aunque despues se hayan hecho progresos en el arte de escribir la historia, se hayan adelantado las ciencias politicas y morales, y se haya profundizado el estudio del hombre; casi todos sus discípulos estan faltos de algunas de las dotes de sus maestros. Los historiadores latinos, á escepcion de César, carecian de conocimientos militares. Tito Livio no habia penetrado tan adentro en los repliegues del corazon humano como Tácito, ni éste era tan gran politico como Tito Livio. Los griegos lo eran todo, y ademas aventajados escritores.

En la filosofia no hicieron iguales adelantos. Tuvieron que pasar el inevitable tránsito de los sistemas, y asi solo han servido para que, instruidos los modernos con sus extravíos y con sus errores, hayan buscado la senda única de la verdad.

La geometría elemental, si no debe su cuna, debe casi su actual perfeccion á los vencedores de los persas. La historia natural, la astronomía y la mecánica les deben tambien grandes y útiles descubrimientos. Aun en el dia, los primeros maestros del arte de curar, doblan la rodilla y veneran admirados, el busto del padre de la medicina.

Tantos y tan variados trabajos, tanta actividad y tan portentosos modelos, escitaron el entusiasmo de los sabios cuando conquistada Constantinopla, se refugiaron en el Occidente algunos griegos, conduciendo consigo el inapreciable depósito de sus tesoros intelectuales. La erudicion fué la manía de aquella época. Nadie aspiraba á ser autor, sino á comentar ó á imitar

las obras de la antigüedad. Adoptaron la lógica y la teoría de las artes de Aristóteles, las ideas metafísicas de Platon; y copiando los pensamientos ajenos, llegaron á perder su propia facultad de pensar.

Bacon y Descartes hicieron la primera revolucion, y emanciparon la razon humana de la esclavitud voluntaria de la filosofía griega. Los criticos y los poetas alemanes del siglo pasado sacudieron el yugo de la imitacion, y crearon una literatura original, independiente y propia del estado actual de la sociedad. Pero estos mismos ilustrados reformadores, no aborrecen á los antiguos señores como á unos déspotas á quienes han arrancado de las manos la férrea vara que les heria sin piedad, ántes bien los respetan como á sus maestros, estudian con examen su doctrina, se aprovechan de cuanto encuentran útil en sus obras y se manifiestan reconocidos á los que plantaron y criaron el árbol, cuya sombra y cuyos frutos habiamos nosotros de disfrutar.

Tan ilustrado ejemplo es digno de imitarse. Debemos considerar á los antiguos como á nuestros maestros, debemos estudiar sus obras, no para imitarlas servilmente, sino para cultivar nuestro gusto y ejercitar nuestra razon, y para si es posible, sobrepujarlas. Admiracion, agradecimiento y respeto son el tributo que exigen de nosotros en premio de su constancia, de sus afanes y de los inmortales modelos que nos han legado.

MADRID.

J. MORALES SANTISTEBAN.

las obras de las antigüedades. Adoptaron la fábula y la teoría de las ideas de Aristóteles, las ideas metafísicas de Platón, y cuando los poetas románticos se levantaron a perder su propia libertad de pensar, se olvidaron de las ideas de Aristóteles y Platón.

LEYENDAS ESPAÑOLAS,

POR

DON JOSE DE MORA. 1

No es desconocido en el orbe literario el nombre del autor de estas leyendas: en 1836 se imprimieron en Cádiz varias composiciones suyas, inéditas unas y tomadas otras de una colección que con el título de NO ME OLVIDES habia dado á luz anteriormente. Para los que tengan noticia de aquella publicación, será una grata nueva el anuncio del libro que dá motivo al presente artículo; las esperanzas que á la sazón concibieran acerca del talento poético del vate gaditano, no han de resultar ahora fallidas: las dotes de su ingenio, teniendo en las leyendas teatro mas vasto en que ostentar toda su excelencia, aparecen tales, que el aristarco mas severo no habrá de negar al que las posee, el lugar distinguido que de derecho le corresponde en nuestro parnaso; distincion tanto mas merecida, cuanto que el autor, sincero aficionado á las cosas de su pais, ha buscado en los hechos de nuestros antepasados, sus inspiraciones poéticas.

(1) Impresas en Lóndres en 1840: un tomo en 4.º se vende en Cádiz en la librería de don SEVERIANO MORALEDA, plazuela de S. Agustín.

Con efecto, los argumentos de estas entretenidas y provechosas leyendas se han sacado casi todos de viejas crónicas, y de tradiciones populares. Harto notorio es el desden con que no ha mucho se miraban unas y otras, desden justificado en parte por las fábulas y exageraciones que desfiguraban los sucesos referidos en ellas; pero que en el día ha mostrado la crítica mas circunspecta é imparcial que otras veces; cuán lejos estaba de ser equitativo y juicioso. Y es esto lo cierto; pues si bien es fuerza confesar lo que hay de inverosímil y hasta si se quiere de absurdo, en semejantes narraciones, tampoco puede desconocerse, que si no merecen la fé ciega con que el vulgo las acogia, son dignas de ocupar la atencion de los estudiosos, como medios esquisitos para descubrir la índole especial de cada época. Los historiadores de mas celebridad, ó no se han cuidado de recoger las anedoctas que en los labios del pueblo han llegado hasta nosotros, ó si alguna vez han descendido á estos pormenores, nunca se vé que les atribuyan toda la importancia que les es debida. Sin embargo, es evidente que si hemos de formar concepto adecuado de lo que fueron los hombres de entonces, ha de ser á condicion de estudiar esas patrañas tan menospreciadas por los poco reflexivos: ellas son retrato fiel de las ideas, de las costumbres y de las creencias del tiempo á que se refieren, y bajo este aspecto no hay dudar de la atencion que merecen. Asi lo ha creído el elegante escritor, cuyo libro sale ahora á luz. Lo que hubo de parecer tarea inferior á sus talentos, á los historiadores mencionados le ha servido de materia para hacer gala de los suyos; y no ha podido andar mas feliz en la eleccion de asunto; porque los lances de amor, y las proezas de los antiguos caballeros que tan á menudo se ofrecen en aquellas épocas turbulentas, como para compensar el desorden interior de la sociedad; y tambien los hechos sobrenaturales que tanto abundan, son mejores para descritos por el poeta que los embellece con el colorido de la imaginacion, que no por el adusto crítico, que habituado á aplicar á todo la severidad de sus reglas inflexibles, no tiene alma para sentir las bellezas que en si tienen los grandes hechos y las pasiones vehementes. La lucha de la barbarie de los pueblos del norte, con las ideas del cristianismo y los restos de la civilizacion romana, forman el carácter de aquellos tiempos y de aquellos personajes; si nos empeñamos en mirarlos al través de nuestras propias ideas, apenas acertamos á concebirlos; es preciso creer lo que creían, y pensar como entonces se pensaba, para descifrar este enigma de la inteligencia; y ¿quién mejor que el poeta que todo lo describe, y en todas las acciones busca el bello-ideal, podrá darnos á conocer los instintos de generosidad, las robustas creencias y el valor, que suplian en aquel estado de la sociedad, á los medios de gobierno usados en el día? El que nos pinta con entusiasmo la abnegacion del guerrero que daba su vida por ser fiel á su caudillo; no nos pone en el caso de comprender cual era el vínculo que ataba los lazos de una sociedad, que mirada superficial-

mente, solo deja el desorden mas completo? Y siendo esto cierto ¿seria temeridad el afirmar que en la ocasion presente, la imaginacion, acusada tantas veces de ser causa de los estravios del entendimiento, le sirve de norte seguro en sus investigaciones? Cumple el poeta con su mision mas importante; enseñar deleitando: recrea la fantasia, y hace que la razon descubra en los cuadros que le presenta, las varias faces de la humanidad: por la májia de sus creaciones, las ideas que sirven de explicacion á cada una de ellas, adquieren realce y aparecen manifiestas á nuestros ojos. La lectura de la obra dará á conocer á los amartelados de nuestras glorias literarias, cuán bien ha cumplido este propósito el Sr. DE MORA: apesar de vivir tiempo há en remotos climas no se ha entiviado en su corazon el afecto al suelo que le vió nacer: siempre la España ha sido objeto de su predileccion. Seria menester citar enteras algunas de sus leyendas, para dar idea de las bellisimas descripciones que en versos fluidos y elegantes se le deslizan de la pluma: de las narraciones llenas de gracia que se leen en todas ellas, y de las imájenes con que presenta sus pensamientos: pero los limites de un anuncio no consienten dar satisfaccion á este deseo.

Para presentar algunas muestras de su modo de versificar, y llamar al propio tiempo la atencion de los lectores hacia las muchas y escelentes doctrinas de política y de filosofia, que en forma de digresiones, adornan las leyendas, haré unas cuantas citas, y presentaré las reflexiones que acerca de esta materia me ocurren.

La definicion de la edad media me parece llena de verdad y de sensatéz: no porque aquella época haya sido blanco de su estudio, desconoce los vicios y los crímenes que empañan su lustre: no maldice de los tiempos presentes, deslumbrado, como algunos, por el brillo de ciertas acciones: sabe embellecer la realidad, sin menoscabo de la razon.

La edad media del mundo, así llamada,
por que la historia bien ó mal promedia,
fué en vicio y en virtud tan variada
que se puede llamar tragicomedia.
Conjunto singular de nobles prendas
y torpes descarrios; mezcla impura
de locuras y hazañas estupendas,
de infancia leve y sensatéz madura.

Hé insinuado que el hilo de la narracion suele cortarse mas de una vez, para inferir por medio de este artificio, juiciosas observaciones, que los sucesos que iba refiriendo, sugerian al escritor. Como para justificarse de esta propension á divagar, pone por epigrafe en la leyenda de D. Opas estos versos de un antiguo poeta español.

La digresion os pide mil perdones,
que yo suelo pecar en digresiones.

Pero es de notar que si el hilo del cuento aparece con fre-

cuencia cortado, es para anudar mas estrechamente el del racionio. Así despues de deplorar la costumbre del combate judicial, esclama:

Juzgábase una causa en la palestra
 cuerpo á cuerpo; sistema aborrecido,
 en que el fallo pendia de la diestra,
 y pagaba las costas el vencido.
 Mas hoy la ilustracion ¿cómo se muestra?
 ¿en esto hemos ganado ó bien perdido?
 El influjo, cual antes la pelea,
 ¿no dicta los oráculos de astrea?

Compáranse en estos versos dos abusos de diverso linaje; uno fruto de la ferocidad de aquella época; otro de la corrupcion de la presente; en ambos se echa de ver la imperfeccion inherente á la humanidad; parece que el mal no pudiendo ya mostrarse en los impulsos de la ira y de la venganza, se acoge á la astucia; como para que ninguna obra humana esté esenta del vicio original de nuestra naturaleza; la cadena del mal no se interrumpe por mas que sean varias las formas de que se reviste; esta observacion hace al poeta prorumpir en sentidas quejas:

Que ganen la belleza, el oro, el lujo,
 al furor de vascuense formulario,
 ó el tajo y el revés de estoque y daga,
 ¿al fin no es la justicia quien la paga?

Vése pues que el pensamiento del festivo narrador de antiguas aventuras es profundo; y muy propio para desvanecer las ilusiones de los utopistas que imaginan desterrar el error y el crimen de la tierra, por la oculta virtud de las formas sociales: muchos mas pudiera transcribir aquí si me dejara llevar solo del gusto que experimentaria en esta tarea; pero no podria escusar el inconveniente de ser quizá prolijo en demasia; porque donde tanto abunda lo bueno, es árduo empeño el escoger con mesura: las muestras que he presentado me parecen suficientes para mi propósito: los aficionados á este género de literatura, tendran ocasion de conocer cuando llegue á sus manos el libro del Sr. de Mora que mis elogios no han sido exagerados.

T. GARCIA LUNA.

INSTRUCCION PUBLICA

EN LA

EDAD MEDIA.

No ha habido en el pensamiento ni en la sociedad revolución alguna de importancia, en que haya triunfado una idea nueva y desconocida, sin que al mismo tiempo no se hayan conmovido profundamente los cimientos de la enseñanza pública, y sin que, por último, no haya venido esta á seguir el impulso que le diera la idea predominante é innovadora. Cada grande época de la historia tiene su pensamiento propio y especial, su idea dominadora y hasta cierto punto exclusiva, que imprimiendo su direccion á todos los hechos y á todos los acontecimientos que en la misma se suceden, les sirve de esplicacion y muchas veces de disculpa. No de otro modo podrian comprenderse los grandes cambios ocurridos en las sociedades: no de otro modo podrian explicarse ciertos hechos que suponen al parecer aunque no en la realidad, la demencia ó la insensatez de un pueblo entero.

Lo mismo sucede en la historia de la instruccion pública en Europa, desde sus primeros tiempos hasta la actualidad. Si la examinásemos aisladamente, si no la considerásemos con relacion á las ideas que dominaban en la sociedad en cada una de sus épocas, tal vez no nos merecerian tanto aprecio muchos de los hombres eminentes que la propagaban. Pero si analizamos el fondo y la forma de la enseñanza pública y observamos las íntimas relaciones que existen entre ella y el pensamiento dominante en la sociedad, no nos causarán estrañeza los errores sobre este

punto cometidos y que tantas veces se han deplorado, y veremos los métodos que hoy nos parecen absurdos y perjudiciales, aparecer en otro tiempo como consiguientes y progresivos.

Un exámen de esta clase, aunque no tan estenso como quisiéramos, por que otra cosa no permiten los límites de LA REVISTA, es el que nos proponemos hacer en este artículo. Solo la edad media va á ser objeto de nuestras investigaciones, y á pesar de la oscuridad que se advierte para nuestro propósito, en esta época de la historia, procuraremos indagar todos los grandes hechos que puedan haber influido en el progreso de la instruccion.

¿Qué era la edad media? ¿cuál su caracter especial? ¿cuál su pensamiento dominador? La edad media era el reinado del principio de la autoridad eclesiástica sobre la sociedad y sobre el pensamiento: era la confusion de la filosofía con la teología: era la mezcla del cielo con la tierra. El carácter especial de esta época era el predominio de aquella autoridad, tanto en las mas profundas concepciones científicas, como en los hechos mas insignificantes de la vida. El pensamiento que gobernaba durante todo este tiempo era el de la esclavitud de la razon humana, bajo el cetro poderoso de la autoridad eclesiástica. Las ciencias, la literatura, las artes, los hechos de la sociedad y los del gobierno, todo llevaba impreso en lo mas hondo de su alma este carácter profundo. ¿Qué era en este tiempo la filosofía? La sierva de la teología. ¿Qué era entonces el gobierno? la teocracia. ¿Qué eran las bellas artes? La representacion de los signos y testimonios de la religion cristiana. Y cuando todo en la sociedad llevaba este carácter religioso y de sumision ciega de la razon humana á la autoridad de la Iglesia; ¿qué podia ser la instruccion pública? Una sábia y bien entendida preparacion de la juventud para hacerla útil y provechosa á la Iglesia, pero únicamente por el camino trazado por la inflexible mano de sus mayores.

La instruccion pública en este tiempo, no podia ser, pues, el desenvolvimiento y perfeccion de las facultades intelectuales, morales y físicas del individuo, sin otra limitacion que la que pudiera imponerles un método científico, exacta y rigorosamente calculado; sino el ejercicio de aquellas facultades dentro de los límites señalados por la autoridad y para el fin esclusivo dictado por la misma. No se trataba entonces de instruir á la juventud, para que si era posible, hiciese un dia en las ciencias progresos desconocidos; tratábase solo de abrirle el camino que habia conducido á sus mayores al punto en que se encontraban, sin concebir siquiera que era posible adelantar un paso mas.

La autoridad tenia señalado como criterio de lo verdadero, la teología: como regla de la justicia y del derecho, las leyes establecidas: como principio de lo bello en las artes, la ciega imitacion de la naturaleza, bajo la influencia del gusto y de las ideas que entonces dominaban. Este era el punto en que se encontraban los maestros y los hombres mas adelantados del tiempo, y á éste era por consiguiente á donde se conducía á la juventud, por los medios mas propios y adecuados.

Lo que ahora se llama instruccion primaria, y que la forman tantas enseñanzas elementales de los diversos ramos del saber, reducíase entonces á un poco de escritura y lectura y á aprender perfectamente de memoria la doctrina cristiana. Pero ya en esta instruccion primera se nota una circunstancia particular, consecuencia del carácter de toda la de aquel tiempo. Los métodos de instruccion de la edad media proponíase solo desenvolver la inteligencia de la juventud, bajo una direccion dada y con el objeto tan solo de que llegase al punto á donde sus muestras habian alcanzado. La inteligencia no era para estos una facultad noble, sublime y progresiva, era solo un instrumento poco menos que mecánico para llegar á la demostracion de la verdad revelada de antemano por la fé y proclamada por la iglesia. La verdad era un ser independiente del indi-

viduo, al cual, si bien podía llegarse por medio de la inteligencia, era sometiendo á reglas y ejercicios materiales que solo le dejaban para marchar un camino estrecho y espinoso. De aquí el arte silogística que en el hecho de encadenar la razón á los principios impuestos por la autoridad, hacía de aquella un verdadero y poco noble instrumento; y de aquí los ejercicios de memoria adoptados en todas las escuelas, como medios únicos de saber. Llamábase entonces sábio al que había aprendido de memoria autores respetables y se aspiraba por consiguiente al saber aprendiendo de coro y de una manera maquinal los libros asignados para la enseñanza.

Todos saben á lo que conducía semejante método, pues creando desde la infancia hábitos de una imitación ciega y rutinaria, dificultaba los progresos de la inteligencia y los hombres eminentes de un siglo eran todo lo mas, la segunda edición de los sábios del siglo precedente. Esta es la razón por que en la época á que nos referimos no se hicieron grandes adelantos científicos ni hicieron fortuna los innovadores, y sí se sugataron á un método escesivamente severo, los procedimientos de la ciencia y florecieron mas que nunca los comentaristas y parafraseadores.

De la esclavitud del pensamiento debía resultar necesariamente un desprecio absoluto de la personalidad; porque si la inteligencia era considerada como instrumento ¿qué lugar podía merecer la libertad? ¿cuál podría concederse á las pasiones? Aquella, permanecía encadenada al yugo de la autoridad: estas eran consideradas, no como una condicion necesaria de la existencia, imposible de aniquilar y que es preciso á la vez reprimir y dirigir, sino como un castigo impuesto por Dios á la criatura, y cuyos efectos era necesario alejar de nosotros, por medio de una represion constante y obstinada.

No es este el momento de hacer ver lo absurdo de esta teoria; pero basta saber que ella corria en voga en la edad media y que debía ser de inmensos resultados en la instruccion. De ella nacia ese empeño de reprimir en la juventud su inclinacion mas inocente, que con tanta utilidad pueden emplearse para alcanzar fines análogos á la enseñanza: de ella, el abandono completo de la educacion material; y de ella en fin, esa autoridad esclusivamente *represiva* en los maestros, destinada al parecer mas bien á acostumar á la juventud á una sumision ciega y sin objeto, que á enseñarle á dirigir la voluntad y á desenvolver su inteligencia de una manera ordenada y progresiva.

Aun hay mas: como que las ciencias estaban encadenadas al imperio de la autoridad eclesiástica, aquellas que por su naturaleza permitian menos la influencia de aquel principio, no podian cultivarse con esmero, ni progresar como lo hacian las que se hallaban en distinto caso. Esta es la razón por que las ciencias exactas y naturales apenas se dejan ver en la historia literaria de la edad media, al paso que muchos autores de teología y no pocos de filosofia escolástica, figuran en esta edad. Y como que las ciencias tratadas así, y predominando en ellas el principio de la autoridad eclesiástica, dán á conocer mas bien el camino del cielo, que el que conduce á comprender los hechos de la tierra; el saber de los siglos medios debía ser patrimonio de una clase de personas que tiene la mision en el mundo de enseñar á los hombres la senda de la salvacion. Hé aquí uno de los motivos porque el clero y los institutos religiosos fueron los únicos depositarios de todo el saber de aquel tiempo. Los conocimientos científicos que entonces se tenían, estaban no solo á su alcance, sino que eran el sosten poderoso de la influencia y del crédito de los eclesiásticos; y como estos eran los representantes de la inteligencia en aquellas sociedades, á ellos debian pertenecer tambien las ciencias, que eran un resultado suyo.

Así se explica como la instruccion pública de la edad media estuvo encomendada al clero; porque ciertamente no hubiera sido él el encargado de proporcionarla sino hubiese poseido tambien todo el saber y toda

la ilustracion. Destinado por su naturaleza á propagar y á sostener en toda su pureza los principios del cristianismo, un precepto suyo le ordenaba la enseñanza; y dueño de toda la ciencia de su tiempo, podia mejor que nadie instruir á los demas. Asi és que las Iglesias episcopales y los conventos inauguraron cátedras, establecieron escuelas y abrieron sus puertas al pueblo: allí acudió este á escuchar sus lecciones, y si no fueron tan luminosas como lo hubieran sido hoy, sirvieron al menos de gran provecho para el adelanto gradual y progresivo de la especie humana.

Asi pues, el cultivo de los conocimientos indispensables para servir útilmente á la Iglesia, y el abandono de aquellos otros que como los exactos y naturales, no son para ella de utilidad tan inmediata: una tendencia religiosa y católica en los actos mas insignificantes de la enseñanza; el estudio esclusivo de memoria, mediante el cual se procuraba mas bien aprender las palabras, que concebir, desenvolver y generalizar las ideas: la manía de comentar servilmente las palabras de ciertos autores, en vez de analizar sus ideas, entregándose sobre ellas á nuevas investigaciones: los clérigos instituidos en maestros universales de todas las ciencias que entonces se cultivaban: la represion absoluta de las inclinaciones naturales de la juventud, en vez de su direccion y empleo para fines análogos á la misma enseñanza: el abandono completo de la educacion material: hé aquí los caracteres generales que con las modificaciones especiales á cada siglo, distinguen la instruccion pública de toda la edad media.

Para señalar estas modificaciones en los caracteres generales de la instruccion, es preciso que dividamos la edad media en sus tres épocas principales, y notando la alteracion que en cada una sufrian las ciencias y el principio de la autoridad, hagamos ver los progresos que producian en la enseñanza. Asi pues, ocupará la primera desde el siglo 9 hasta el 12, desde éste al 15 la segunda, y desde éste hasta que la reforma del siglo 17 penetró en la instruccion, la tercera.

Cárlo Magno fué el restaurador de la enseñanza pública en Europa. Llamando á la corte y dispensando proteccion á todos los grandes hombres de su siglo, hizo brillar desde su palacio con una claridad hasta entonces desconocida, la antorcha inestinguible del saber humano; y abriendo escuelas donde se enseñaban las *siete artes liberales*, el *trivium* y el *cuadrivium*, como entonces se decia, propagó por todos sus dominios los conocimientos de que era foco su propio palacio.

La empresa de este grande hombre no produjo desgraciadamente todos los resultados que él se proponia, porque fué quizá prematura; pero una vez arrojada la semilla, no podia, aunque tarde, dejar de fructificar. Asi es que la ciencia enseñada por Alcuino, á quien Cárlo Magno hizo venir de Inglaterra, penetró en los claustros; y cuando estos abrieron sus aulas, no dejaron de enseñarla con éxito y de propagarla con rapidéz. Las escuelas establecidas en las Iglesias episcopales, por mandato del mismo emperador, y las universidades que vinieron por último á proseguir la obra comenzada de la enseñanza, aprovecharon tambien las lecciones de Alcuino (1) y muy pronto el *organum* de Aristóteles se vió presidir en todas las escuelas donde se estudiaba retórica, filosofia ó teología.

El fondo de doctrina católica enseñada por los santos padres, especialmente por los latinos, porque los griegos no eran muy conocidos, era casi toda la verdad que entonces se poseia, y á cuya demostracion se aspiraba por medio de la ciencia. Un poco de lógica y algun método en la manera de discurrir bastaban para conseguirlo, y por eso en este tiem-

(1) Alcuino en union con Angilberto, Adelardo, obispo de Corbeya, Riculfo, arzobispo de Maguncia y otros, formaban la academia que Cárlo Magno fundó en su palacio, y de la que él mismo era miembro. Cada uno de estos escogia el nombre del autor antiguo, mas conforme á su gusto y su genio, y el emperador adoptó el de *David*.

po, tuvo principio la escolástica, como el medio mas á propósito para llegar á aquella demostracion.

Pero esta filosofía en vez de ser el desarrollo libre y reflexivo de la razon, es por el contrario, una forma ó instrumento puesto á servicio de la teología, ó lo que es lo mismo, la sumision ciega y absoluta de la razon humana, esencia de la filosofía, al principio de la autoridad, fundamento y origen de la teología. Esta sumision ciega, sin límites y sin condiciones es el carácter distintivo del primer período de la edad media; y este carácter lo vemos aparecer tambien en toda la instruccion pública, desde la mas trivial y rudimentaria, hasta la mas científica y elevada.

Segun la idea que cada siglo ha llegado á concebir de las ciencias, así ha variado el fondo y aun la forma de la enseñanza. Para dar una idea de como se pensaba en este tiempo de las primeras, citaremos unas palabras de Scott Erigene, maestro célebre y filósofo distinguido del siglo 9.º "No hay diferencia," dice, "entre el estudio de la filosofía y el estudio de la religion. Tratar de la primera es esponer las reglas de la segunda, segun las cuales se investiga con la razon y se rinde culto con humildad á Dios, causa única y principal de todas las cosas. Así, pues, la verdadera religion es la verdadera filosofía, y la verdadera filosofía, no es otra cosa que la verdadera religion."

Quando tales opiniones se sustentan por los sábios y se creen por las sociedades, la enseñanza pública debe ser esencialmente religiosa y cristiana, tanto en su fondo ó materias que comprende, como en su forma ó métodos, por los cuales se proporciona. Así, las escuelas fundadas por Cárlo Magno, aunque en un principio conservaron algun recuerdo de la antigüedad sabia, degeneraron por último, y quedaron reducidas á una especie de seminarios eclesiásticos, donde se daba alguna de la instruccion necesaria para servir en las iglesias. El canto llano y la inteligencia de las sagradas escrituras ocuparon en ellas un lugar preferente; y algunos conocimientos teológicos estraidos de San Agustin, espresados en un latin grosero y con un gusto depravado, fueron objeto tambien de la instruccion, especialmente en tiempo de Abelardo, Pedro Lombardo y Juan Salisbury.

Ni tampoco podía alcanzar á mas la esfera de la enseñanza, cuando tan groseramente se confundian la fé con la ciencia, la filosofía con la religion. Siempre que esto sucede, las ciencias exactas y naturales, las morales que tienen su origen en el libre y reflexivo desarrollo de la razon, pierden mucho de su natural certeza y dejan de ocupar la atencion de los hombres entendidos. Así es que las épocas brillantes de la historia de estas ciencias son siempre aquellas en que la filosofía y la religion son dos cosas distintas y separadas. Por eso en este primer período de la edad media no se vén gabinetes de física ni escuelas de matemáticas, y sí se multiplican con una rapidéz admirable los seminarios para clérigos y las clases de teología: por eso tambien los métodos de enseñanza de este tiempo participan en el mas alto grado de los caracteres generales de la instruccion de que hablamos al principio.

La introduccion en Europa de las obras de Aristóteles y las traducciones que de ellas se hicieron debian producir una revolucion en la enseñanza; porque este nuevo caudal de conocimientos con que el espíritu humano se enriquecia, habia de causar alteraciones en las ciencias que hasta entonces se cultivaban. De las obras de aquel filósofo, solo el *organum* importado por Cárlo Magno era la conocida, porque las otras solo lo fueron quando las trajeron los árabes con su conquista.

Estos dieron á luz muchos escritos de física, historia natural, y astronomía, los cuales propagados por Europa, ensancharon la esfera de las ciencias y perfeccionaron las que entonces existian; y como estas no eran otra cosa, segun hemos dicho, que un instrumento puesto á servicio de la teología, ó la forma exterior y racional del dogma católico, la condicion de

la ciencia respecto al dogma, experimentó un cambio considerable, pues mas perfecta la forma, distinta habia de ser la relacion que guardára con el fondo. Asi la ciencia de un estado de dependencia absoluta y de sumision ciega respecto á la teología, pasa á otro mas honroso de igualdad y de alianza. En el primer periodo de la edad media el dogma se sirve de la ciencia, pero mas bien por el lujo de sus formas, que por necesidad que tuviera de ella para hacer su propagacion mas rápida y segura: en el segundo que empezamos á examinar ahora, la ciencia es ya un atavio indispensable del dogma, no porque en ella consistiera la verdad de este, sino porque sin ella seria imposible su racional demostracion. Alberto el grande, Escoto y Santo Tomás ofrecen de ello una buena prueba. La *summa teologiæ* de este último, es un gran monumento de metafísica, de moral y de política no servil, que honra mucho al siglo en que apareció, pues se vé en ella que las investigaciones filosóficas ocupan ya un lugar preeminente en la resolucion de las mas graves cuestiones de la teología.

Este nuevo lugar conquistado por la ciencia, preciso es que se diera á conocer en la enseñanza, porque tanto mas completa es esta, cuanto aquella está mas adelantada. Los árabes que dominaban la España, propagaron una filosofía mas libre, aunque subordinada siempre al dogma religioso consignado en el Alkorán y se dedicaron tambien al estudio y la enseñanza de las ciencias exactas y naturales, que por aquellos tiempos florecian. Las escuelas de Sevilla, de Córdoba y de Granada son notables en nuestra historia por los muchos sábios que en ellas estudiaron; y cuando hubo un papa (1) que fué á buscar á las escuelas árabes la instruccion que el resto de la Europa carecia, mal podian considerarse como heterodoxas las doctrinas científicas que en sus cátedras se enseñaban:

Los escritos de Averroé, de Avicena y de Algazel penetraron, pues en los claustros, y ya sea por el espíritu de disputa que entonces se desenvolvía con motivo de las cuestiones entre los *realistas* y los *nominalistas*, ó ya por la mayor necesidad de conocimiento y de saber que por el mismo tiempo empezaba á sentirse, es lo cierto, que aquellos escritos influyeron ventajosamente en la mejora y progreso de la enseñanza pública.

Por este tiempo ocurrieron tambien las cuestiones entre los dominicanos y franciscanos, con motivo de la doctrina de Escoto y la de Santo Tomás, y la instruccion pública no dejó de participar tambien de los buenos resultados que ellas produjeron para la ciencia. Defensores los dominicanos de las opiniones de la escuela *tomista*, han producido constantemente esa milicia fuerte y aguerrida, baluarte de la teología escolástica; y sostenedores los franciscanos de las doctrinas *escotistas*, han dado acogida durante un siglo á casi todos los reformadores que ayudados del espíritu de análisis y del conocimiento de las ciencias exactas y naturales, han dado lugar á la separacion de la filosofía y la teología. Y cuando tan grande era el movimiento científico de las órdenes monásticas ¿dejaría de participar de él la instruccion que estaba á su cargo?

En esta época tuvieron principio tambien las universidades, una de las instituciones que honran mas á la edad media y donde la instruccion pública llegó á metodizarse de la manera mas filosófica que entonces se alcanzó. Diez se fundaron en el siglo 13, la de Nápoles en 1224, que fué la primera, y la de Perusa en 1290 que fué la última. Diez y siete lo fueron en el siglo 14. Y aunque los conventos continuaron como hasta entonces, dedicados á la enseñanza, perdieron algo de su antiguo crédito, porque la reputacion adquirida por las nuevas escuelas empezó á oscurecer la que habian ganado las aulas de los claustros.

(1) Gerberto d'Aurillac que llegó al pontificado bajo el nombre de Silvestre II, habia estudiado en las escuelas árabes de Córdoba y de Sevilla.

No nos detendremos á analizar profundamente ni el fondo ni la forma de la instruccion que se proporcionaba en las universidades: basta saber que en ellas penetraron casi todas las ciencias enseñadas por los árabes, como igualmente los estudios de derecho canónico y romano á que empezaban á cobrar aficion los hombres ilustrados de este siglo.

Comenzábase en ellas ordinariamente por estudiar las artes, como introduccion á las ciencias, y aquellas eran la gramática, la dialéctica y todo lo que despues se conoció con el nombre de humanidades y filosofia. Pasábase de aquí á las facultades superiores, que eran la teología de Pedro Lobardo, llamado *el maestro de las sentencias* y la *suma* de Santo Tomas, el decreto de Graciano y las decretales, la medicina, que entonces se llamaba *física* y el derecho civil. Pero todo esto no fué desde un principio objeto de la enseñanza en las universidades, que las ciencias exactas y naturales fueron las últimas á quienes abrieron sus puertas. Asi es que, la de Paris habiendo tenido principio por las escuelas para seglares, fundadas en el siglo 11 por el canciller Geoffroi de Boulogne, en las que Guillermo de Champaux, primero, y Abelardo despues, enseñaron la retórica, la dialéctica y la teología, hasta muchos años despues de erigida en tal universidad no enseñaba otra cosa. Solo en el siglo 13 se agregaron á ella algunos maestros de derecho y de medicina, que enseñaban privadamente en Paris.

Tal es el primer paso dado por la ciencia en Europa para separarse de la teología, y por consiguiente de la instruccion, para separarse de la Iglesia. Este hecho fué de resultados inmensos para el porvenir, porque él empezó á preparar una reforma, origen de todos los grandes trastornos ocurridos en los siglos posteriores. De esta manera la mayor perfeccion de la ciencia y el influjo que empezó á perder sobre ella al principio de la autoridad, dieron lugar á este cambio notable en la enseñanza, en la cual si bien continuó dominando aquel principio, fué bajo condiciones mas honrosas de igualdad y de alianza.

Encontramos, pues, en este segundo período que el fondo de enseñanza científica se ha enriquecido y propagado considerablemente, aunque su forma y los otros caractéres que notamos al principio, permanecieron lo mismo que el período anterior. La fundacion de las universidades, aunque no alteró desde luego las ciencias, fué un paso aventajado hacia la secularizacion de la enseñanza.

El tercer período, si bien en la historia de los progresos científicos se estiende solo hasta el siglo 16, en la de la enseñanza pública se prolonga hasta la primera mitad del siglo 18. Aunque la gran revolucion científica á que dieron su nombre Bacon, Lock y Descartes ocurrió mucho antes de este tiempo, casi todas las universidades permanecieron fieles á las lecciones de Arisióteles y de Santo Tomás, y lo mas que hicieron fué renovar el combate entre *realistas y nominalistas*, el cual no era otra cosa que la lucha de dos principios contrarios, el uno que abogaba por la independencia de la razon, aunque de una manera tímida y encubierta y el otro que pugnaba por conservarla sometida al imperio absoluto de la autoridad eclesiástica (1).

No queremos decir con esto que el gran paso dado en las ciencias por los métodos de Bacon, dejase de producir resultados en la enseñanza, sino que estos no tuvieron lugar hasta algunos años despues de predicada la reforma. Asi, en el último período de la edad media, la ciencia hace su último esfuerzo por sacudir el yugo de la autoridad y atrevidos innovadores, renovando cuestiones ya casi olvidadas, la presentan como independiente de todo poder y viviendo de una vida propia y especial. Pero esta misma autoridad, celosa de sus antiguos y respetables derechos

(1) Pretendian los *nominalistas* que las ideas generales son simples abstracciones, sin realidad fuera del espíritu que las concibe y que por

perseguía de muerte estas innovaciones que creía absurdas y peligrosas, y si alguna vez se dejó entrever la reforma en ciertas aulas públicas, fué para que el terrible anatema de la autoridad eclesiástica cayese sobre la cabeza de los profesores que pretendían introducir tales novedades. (1)

El espíritu nuevo seguía penetrando, no obstante, en la enseñanza pública, aunque de una manera casi imperceptible, y si aquella no ganó en comprensión todo lo que podía apetecerse, avanzó en estension con una rapidez admirable. Recuérdese sinó la multitud de clases y de escuelas que se abrieron desde el siglo 15 al 17; obsérvese también el progreso constante en que marchaba el número de sus discípulos.

Otro acontecimiento ocurrió en este tiempo que fué de grande influjo sobre la ciencia. Con la destrucción de Constantinopla y la venida de los griegos á Italia se reanimaron en Europa los estudios de la sabia antigüedad. Las escuelas filosóficas de la Grecia encontraron sectarios y admiradores, y los preciosos restos de aquella civilización que entonces empezaban á conocerse, dieron á nuestros estudios cierto barniz de gusto y de cultura.

Los idiomas griego y latino ganaron mucho en este suceso, porque deseando entender los autores que tanto se admiraban y que habían escrito en alguno de ellos, y teniendo á la vista modelos tan acabados como los que los griegos habían traído consigo, se generalizó el gusto á su estudio y se hizo este de una manera tan completa como aun en la actualidad podría desearse.

Los libros de Platon, los de los estoicos y los de otros filósofos célebres de la antigüedad, empezaron también á estudiarse, y fué tal el entusiasmo con que fueron recibidos, que Aristóteles empezó á perder algo de su crédito, especialmente en algunas escuelas públicas, que dieron muestras inequívocas de haber aceptado la nueva doctrina. Y tan grande fué el crédito que los sábios antiguos llegaron á ganarse, que su autoridad empezó á sustituir á la eclesiástica, que iba perdiendo mucho del suyo. Pero como al fin era aquella autoridad literaria, de menos unidad que la anterior, y no tan exclusiva, su yugo fué menos extraño á la ciencia y no pudo ser tan duradero.

Distínguese pues, el tercer período de la edad media, en cuanto á los progresos hechos en las ciencias, por la independencia que llegan estas á adquirir del principio de la autoridad eclesiástica, pasando antes por su sumisión á la autoridad literaria de los antiguos. La enseñanza pública lucha también largo tiempo por conquistar esta misma independencia, pero después de mil vicisitudes, ya favorables, ya adversas, no logra conseguirla hasta la primera mitad del siglo 18. En los anteriores se advier-

consiguiente no son más que palabras, *flatus vocis*: que no se conoce á Dios de una manera inmediata, sino por sus atributos, ni al alma sino por sus cualidades, sin que podamos decir cual sea la sustancia de esta, ni probar por consiguiente que es inmaterial. Fácilmente se conocen las consecuencias de esta doctrina y se vé que ellas no serían tal vez muy conformes con las que enseñaba la Iglesia. Los *realistas* incurren en el extremo opuesto, porque sostienen que las ideas generales y no los individuos tienen en el mundo una existencia verdadera.

(1) Tales son Pedro la Ramea, á quien el ser adversario del peripatetismo en la universidad de Paris, le valió la pérdida de su cátedra, y el ser asesinado en la noche de S. Bartolomé. Jordan Bruno, adversario también de Aristóteles, fué por ello cruelmente perseguido y murió por último quemado por la inquisición en 1598. Podrían citarse otros muchos que por iguales motivos sufrieron una suerte igual.

ten en ella los mismos caracteres de que hablamos al principio, aunque algo pálidos y debilitados, pues aunque el fondo de instrucción científica se enriquece con conocimientos nuevos ú olvidados, unas veces proscritos, otras solo tolerados; casi nunca estuvieron en paz con la autoridad que pugnaba por afirmar un poder que se le escapaba á pesar suyo.

Tal fué la instruccion pública durante toda la edad media. Hija de los progresos científicos, seguia siempre los pasos que en la carrera de la civilizacion, daba el espíritu humano. Siendo estos tan lentos como lo permitian el carácter y pensamiento dominante en aquella edad, los progresos de la iustruccion debian ser igualmente mesurados; pero como la humanidad avanza siempre ya con mas rapidéz, ya con mas lentitud, la instruccion pública podria si se quiere, progresar en algun tiempo de una manera casi imperceptible, pero en ninguna época ha quedado inmóvil y estacionaria.

SEVILLA.

FRANCISCO CARDENAS.

GUILLERMO

EL DEL

GORRO ENCARNADO.

MEMORIAS DE LA REVOLUCION.

No estábamos mas que cinco en el salón. Nuestra conversacion, que hasta entonces habia sido animada, festiva y con estremo agradable, mientras hablábamos de artes y de costumbres, tomó un carácter mas serio y un movimiento mas pausado, desde que nos internamos en las altas regiones de la política. Despues de haber recorrido las diversas faces de la diplomacia contemporánea, habiamos llegado naturalmente al gran trastorno social de 89. Los hombres y los sucesos de la revolucion tenian á su vez entre nosotros apologistas y detractores. M. R** anatematizaba este período de nuestra historia tan sombrío, tan estravagante y tan odioso, agitado siempre por tantas pasiones desenfrenadas, tantas audaces capacidades y tantas medianías sanguinarias, pero al que no se podrá menos de conceder un carácter terrible de fuerza, de vida y de grandeza.

— Los cambios del órden social, decia este último, son como las grandes tempestades de la naturaleza. La armonía y el órden, son reemplazados por la confusion y el caos, y el polvo y los escombros sustituyen á los monumentos..... La revolucion no debia producir sino mons-

traos. *Robespierre, Couthon, Marat, Pétion, Collot d' Hervois* no tuvieron de humanos sino el rostro y el nombre. *Mirabeau* fué un ambicioso de genio, pero á quien faltaron la buena fé y el convencimiento. *Barnabe*, orador brillante pero mal republicano. *St-Just*, pálida copia de *Robespierre*. Y *Danton*...

—Deteneos, caballero, dijo con acento grave un anciano con los cabellos blancos, cuyas nobles facciones, bondadoso semblante y aire de distincion, me habian interesado desde luego. Hablais de esta época como hombre que no ha vivido en ella. Son bien conocidas aquí mis opiniones. Se sabe que soy el adversario mas pronunciado del poder demagógico, de eso que se llaman instituciones republicanas. Amo el órden, la paz y la libertad, pero estoy intimamente convencido que tan preciosos dones son incompatibles con el régimen popular. Puedo pues, expresar mis opiniones, sin temor de que se me acuse de parcialidad, sobre los hombres de la revolucion, á quienes se ha conocido mal y se ha juzgado peor. Habia en la convencion algunos miembros que se engañaban ciertamente en la aplicacion de sus teorías sociales, pero que deseaban con sinceridad el bien público.

Se detuvo el anciano á estas palabras y dirigió su vista al rededor de él como esperando que le contestasen. Ninguno se atrevió á contradecirle.

—Permitidme, añadió, citaros en apoyo de mis opiniones un suceso de la revolucion, cuya verdad garantizo. Es una memoria que he conservado, y que formará parte de una obra que me propongo publicar sobre los acontecimientos de aquella época. Pero como no soy ni periodista, ni literato, ni tengo pretensiones de hombre de talento, reclamo vuestra indulgencia para esta sencilla narracion.

Un murmullo de aprobacion se dejó oír entre todos: el anciano sacó un manuscrito de su bolsillo y empezó á leer con voz clara y firme.

I.

En lo mas alto de una colina de la Touraine se eleva el antiguo castillo de los condes de Chambrun, rodeado de profundos fosos, bañado por el Indo, y cuyas gigantescas torres dominan la ciudad; este respetable edificio, desierto hoy, y al que el vandalismo de la época entregará bien pronto á las manos de los incendiarios, era antes de la revolucion de 89 la propiedad hereditaria de los Sres. de Chambrun, que lo poseian desde un tiempo inmemorial. Habia muerto á fines del año de 1787, Anatolio de Chambrun, su poseedor entonces, y su sobrino del mismo nombre, dejó la corte de Versalles para venir á habitarlo con su muger. Jóvenes ambos é instruidos desde su infancia en los mas sanos principios de moral, los nuevos señores de Chambrun, se hicieron bien pronto el apoyo, el consuelo de sus vasallos. Cuando la cosecha no correspondia á las esperanzas de los labradores, cuando los yelos habian debastado los campos, se apresuraban á recompensarlos de la esterilidad de sus mieses. Las familias que experimentaban alguna desgracia, eran socorridas inmediatamente de la manera mas delicada, á fin de que no se ruborizasen en aceptar los beneficios que tan generosamente les prodigaban. Mientras el invierno, repartian abundantemente leña y toda clase de alimentos, para que les fuesen menos sensibles á los pobres los rigores de la estacion. Y no contentos aun con dispensar estos socorros, establecieron tambien una escuela gratuita, cuya direccion encargaron á el abate Lecatelli, ilustrado eclesiástico, cuyos talentos y doctrinas obraron una revolucion en el pais, induciendo á los proletarios, que hasta entonces habian ocupado el tiempo en groseros placeres, á que recibiesen instrucciones cristianas, que los hiciesen en adelante ciudadanos útiles y honrados padres de familia.

Entre aquellos que, fuese por deseo de instruirse, por cálculo ó por hipocresía, asistian con mas frecuencia á las lecciones del abate, habia

uno que era portero del Conde, y que debía todo á sus bondades, nombrado Guillermo. Este hombre de carácter sombrío y cruel, pero de una inteligencia superior á su posicion, aborrecia todo lo que creia superior á él por el nombre, el rango ó la fortuna: y ántes que esas grandes palabras de *igualdad y fraternidad* se hubiesen escuchado entre los propagandistas revolucionarios, ya las habia él adoptado por sí mismo. La nivelacion de todas las fortunas, y la fusion de todas las clases, era la idea que tenia siempre mas fija en su imaginacion; faltándole solo á sus ambiciones un mas ancho campo para ocupar un lugar en los fastos demagógicos al lado de *Fouquier-Tainville, Marat, Petion y Robespierre*.

Todas las señales precursoras de las grandes tempestades que conmueven los Estados, se habian anunciado en el horizonte de la Francia. Las faltas del Gobierno, las imprudencias de la nobleza, el desorden de la Hacienda, los elementos de inquietud y de escepticismo que *Voltaire* y los enciclopedistas habian introducido en el espíritu de la Nacion, y la incapacidad y debilidad en fin de Luis XVI, habian atraído la revolucion.

Proscrita la nobleza, la clase baja del pueblo se habia sublevado en todas partes contra los señores. Ni la consideracion del carácter, ni el reconocimiento de los beneficios, ni el recuerdo de las virtudes, eran bastantes á librarlos de la muerte que les amenazaba. Hombres salidos de la hez de la sociedad recorrían los pueblos y las ciudades gritando: «Viva la República» é incendiando los castillos, destruyendo las propiedades, y destrozando los escudos de las primeras familias de Francia.

Con indecible placer vió Guillermo encenderse la llama revolucionaria. Esta sublevacion del pobre contra el rico, y de la servidumbre contra el poder, simpatizaban demasiado con sus principios y esperanzas para que no se hiciese el partidario mas pronunciado, y se encargase del cumplimiento y ejecucion de tan horrible programa. A la primera noticia que insertaron los periódicos del departamento, de los sucesos de Paris, se declaró el mas decidido republicano, y cuando estalló en Tours la revolucion, como habia estallado en las principales capitales del Reino, se puso á la cabeza del movimiento y se encargó de dirigirle.

Revestido de esta autoridad y dueño del populacho, el primer cuidado de Guillermo fué apoderarse del castillo de su señor, saqueándolo completamente, declarando sus tierras propiedades de la Nacion, y secuestrándolo todo á nombre de la República. Pero aun no habia sacado el fruto que se habia propuesto de su infame ingratitud.

Pocas horas ántes que llegase Guillermo al castillo, lo habian abandonado los Condes de Chambrun, recojiendo cuanto dinero y alhajas les fué posible, y huyendo de bosque en bosque, de pueblo en pueblo, obligados unas veces á confiarse en la proteccion equívoca de un antiguo vasallo, y otras en la aun mas peligrosa de algun estrangero, pidiendo hospitalidad hasta en las cabañas mas miserables, y temiendo á cada instante el ser reconocidos. Pero esta vida errante, llena de privaciones, de angustias y de peligros, no podia durar mucho tiempo. Viendo el Conde que la salud de su muger se quebrantaba, y que sus fuerzas se extinguían, cercado por todas partes, desesperando de poder ocultarse á las pesquisas del hombre que los perseguía, se decidió á buscar un asilo dentro de los muros de Tours.

El ostracismo que durante este triste periodo comprendió igualmente al clero y á la nobleza no se habia aun estendido en el medio-dia de la Francia. Los sacerdotes continuaban sin oposicion, aunque con riesgo, en el ejercicio de las funciones de su ministerio. Los altares permanecian intactos, y la palabra del Evangelio conservaba aun su influencia sobre los pueblos. Y miéntras que todo habia sido destrui-

do alrededor del presbiterio, la cruz del cristianismo se conservaba sola, humilde y solitaria, como el pensamiento que simboliza. Por eso se decidió el Conde á buscar un asilo y á esperar dias mas tranquilos. Pero todo inútil: un dia que encerrado con el abate, convenian juntos en los medios de ganar la frontera, una turba de miserables andrajosos vestidos á la carmañola y cantando el *za-irà* horrible parodia de la Marsellesa, penetró hasta donde estaban y les intimó, juntamente que al abate, en nombre de las República, que los siguiesen á la Municipalidad, á la presencia del portero Guillermo, porque Guillermo era el presidente del tribunal revolucionario.

II.

El antiguo portero de los Condes de Chambrun estaba en la sala baja de la Municipalidad, sentado en un ancho sillón delante de una mesa, sobre la que se veian confusamente esparcidos varios legajos de denuncias, interrogatorios y acusaciones. Su rostro, naturalmente grosero, aparecia en este momento con un carácter siniestro. Tenia cubierta la cabeza con un bonete frigio, que no se quitaba nunca, y que le habia grangeado entre sus compañeros, y entre el pueblo, el sobrenombre de *Guillermo el del gorro encarnado*. Detras de él estaban de pié dos hombres de horrible cabeza y cara feroz, enrojecida por la borrachera. Estos hombres, sobre cuyas facciones habian impreso el vicio y la audacia señales profundas, ejercian á la vez para con el presidente los oficios de escribanos y secretarios.

—¿Hemos acabado? (preguntó el republicano con un gesto de impaciencia, y mirando conducir á un rebelde á quien acababa de condenar á muerte.)

—Todavía no, ciudadano presidente; (respondió uno de los sicarios,) porque estoy observando desde aquí á una muger, que sube precipitadamente las gradas de la Municipalidad... ¡Oh!... ¡y qué no engañará á nadie con ese traje!... Es señorona... de Coblenza pura.

—El miserable empezó á cantar el *za-irà* agitando maliciosamente su cabeza.

En el mismo instante entró en la sala donde estaba el presidente una jóven y hermosa muger. Sus largos y negros cabellos flotaban en desórden sobre sus espaldas: la inquietud de sus miradas, la palidez de su rostro y la convulsiva espresion de su fisonomía revelaban la agonía y la desesperacion que la atormentaban. Su vestido era como el de las aldeanas de la Turaine; pero tan modesto disfraz no era bastante á encubrir la deslumbradora blancura de su cutis, la belleza de sus formas y la noble elegancia de sus contornos; reconocian desde luego á la señora bajo el exterior de la plebeya, porque hay mugeres á quienes es imposible ocultar su rango y perfecciones. Guillermo sonrió con risa infernal al reconocer en ella á la señora de Chambrun.

—Sentáos, ciudadana, le dijo, reprimiendo, aunque con dificultad, un movimiento de sorpresa y de satisfaccion.

La Condesa permaneció de pié.

—Señor... empezó á decir.

Pero el presidente frunció el ceño.

—La igualdad de la República ha destruido esas antiguas fórmulas del lenguaje aristocrático. Llamadme ciudadano.

—¡Ah! ¡perdonadme!... ¡estoy tan turbada!... ¡Tengo tan confundidas las ideas!... Pues bien, ciudadano presidente, así os nombraré si quereis: sabed que mi marido ha sido arrestado ayer... y está inocente, os lo juro... Lo han conducido á la Municipalidad acompañado del abate Mr. de Lecatelli... ¿Me direis cual es la suerte que le espera?

—La de los traidores y enemigos de la República.

—Pero no es ni lo uno ni lo otro. No ha tomado las armas contra la República, no ha conspirado contra ella... ¿Cuál es pues, su crimen?

—¿Su crimen?... ¿Pues qué, no es un noble? ¿No posee un castillo? ¿No goza de fortuna? ¿No tiene títulos? ¿No se ha enriquecido con el sudor de sus vasallos? ¿No ha desconocido los derechos del hombre? ¿No ha despreciado al pueblo?...

—¿Y sois vos quien le acusais?... ¿Vos, señor?... ¡Ah! callad, callad por Dios, que me dáis horror!

Guillermo permaneció un instante confundido por la natural y justa reconvención de la Condesa.

—Ciudadana, dijo Guillermo despues de un momento de silencio, cualesquiera que sean las consideraciones de afecto y de reconocimiento del hombre privado, deben desaparecer ante los deberes del hombre público. El uno es denunciar á los traidores y castigar á los culpables...

—Y proteger á los inocentes, exclamó la Condesa con una voz conmovida que demostraba la agitacion de su alma. Pero es imposible que eso sea cierto... Acaso para atormentarme me habeis hablado de traidores y de muerte... porque... ¡ah! nunca... nunca os manchareis con el horrible crimen de ser el asesino de un inocente, que no os ha hecho sino favores en sus dias de prosperidad... El os buscó esposa, y la dotó... y sirvió de padrino á vuestro hijo... y durante diez años no ha sido para vos sino un amigo... un bienhechor... ¿no es verdad? ¿os acordais? ¡ah! el tigre mismo respeta la mano que le alimenta... Aseguradme que estas horribles palabras no han salido de vuestro corazon, que no habeis querido mas que atormentarme...

El republicano se sonreia en efecto; pero su sonrisa tomó en este momento una espresion tan espantosa, que la Condesa, mas asustada que nunca, se precipitó á sus pies, exclamando con la mas dolorosa espresion.

—Volvedme mi marido.... ¡Concededme su perdon y su libertad!... y os bendeciré á cada hora del dia!... ¡y suplicaré á Dios que os perdone!...

—¿Os olvidais que yo no creo en la eficacia de las oraciones? respondió el republicano interrumpiéndola.

—Pero miradme, Señor; estoy á vuestros pies.... os estoy suplicando de rodillas.... os estoy pidiendo piedad y perdon.... Pero que ¿no me atendeis? ¿Me escuchais con frialdad y con indiferencia? ¿No os comueven mis súplicas?

El republicano hablaba con los sicarios.

—¿Y la piedad? continuó la Condesa.

—Es una debilidad.

—¿Y los remordimientos?

—¡Vana palabra!

—¿Y Dios?

—No creo en él....

—¡Ah! ¿qué hombre sois?... gritó la Condesa levantándose repentinamente y cubriéndose el rostro con sus manos.

—¿Qué quien soy? Contestó Guillermo con un juramento horrible y pegando un fuerte porrazo con sus puños sobre la mesa. Soy el hombre que quiere la salvacion de la República, el triunfo del pueblo, la igualdad de las clases, y á trueque de conseguir estos objetos, le importa poco destruir algunos intereses particulares, hacer correr algunas lágrimas, ó pisar algunos cadáveres.... Pero bien, olvidemos por un momento las injurias y escuchadme. Vuestro marido es un noble.... un aristócrata.... un partidario de las antiguas ideas.... Me decís que no ha tomado las armas contra la República, que no ha conspirado con nuestros enemigos.... bien, acaso sea cierto: bien: si no lo

ha hecho es por que no ha tenido ocasiones: por que le han faltado los medios.... Mas por otra parte, decidme, ¿si yo consintiese en devolver la libertad á vuestro esposo (Carolina prestó la mayor atencion) esto es, si yo hiciese traicion á mis convicciones y á mis deberes, como presidente del Tribunal revolucionario.... respondedme, ¿qué precio me dariais por tan señalado servicio? ¿qué os atreveriais á ofrecerme?....

—¿Y qué quereis que os ofrezca? Yo poseia riquezas y se han apoderado de ellas á nombre de la República; tenia un castillo, y se han confiscado á nombre de la República; me pertenecian algunas tierras y se han repartido entre los partidarios de la República.... Me he quedado sola, errante, sin fortuna, sin amigos, sin asilo, sin proteccion... ¿Qué quereis pues, que os ofrezca, señor?

—Lo que una muger bella puede ofrecer al que la ama. (Contestó el republicano con una sonrisa feroz.)

Y tomando en seguida dos rollos de papeles se los presentó á la Condesa y la dijo.

—Aquí teneis el perdon de vuestro marido, y aquí su sentencia. Escribid una palabra en cualquiera de estos papeles, y el Conde de Chambrun se pondrá en libertad inmediatamente, ó será fusilado dentro de una hora... Escojed.

A estas palabras, pronunciadas con espantosa sangre fria, se sintió la Condesa sobrecojida de un temblor convulsivo. La indignacion enrojció por un momento sus pálidas mejillas, y dejando caer la cabeza entre las manos, permaneció sumergida en una profunda meditacion, y entregada á la mas horrorosa lucha.

—Y bien, ¿qué habeis resuelto? preguntó el republicano despues de un corto instante de silencio. ¿Su libertad ó la muerte?

—¡Su muerte!!!... respondió la Condesa cayendo sin sentido á los pies de Guillermo el del gorro encarnado.

Treinta soldados republicanos con los fusiles al brazo, esperaban en la plaza de la Municipalidad la órden de hacer fuego. Escuchábase al mismo tiempo un tambor, y en frente de aquella fuerza se veia de rodillas y con un crucifijo en sus manos, á un anciano con los cabellos blancos, rezando con el mayor fervor: era el Abate Lecatelli, primera víctima de este horroroso drama. Un poco separado se veia tambien á un jóven de rostro pálido, pero tranquilo, que tenia en sus manos un pañuelo blanco, con el que los soldados habian querido cubrirle los ojos; era el Conde de Chambrun. Su aspecto y su actitud revelaban desde luego en él una admirable resignacion. Con las manos cruzadas sobre el pecho, esperaba la muerte como un cristiano, como un mártir.

Suenan de repente grandes gritos y se perciben entre ellos las voces de «perdon, perdon; deteneos» y la Condesa de Chambrun rompe las filas republicanas. Tiembla el Conde al sonido de aquella voz que le era tan querida, lo abandona la conformidad, y se arroja en los brazos de su esposa, que frenética lo estrecha en ellos. Quieren los verdugos del Conde separarla; pero ella pide á grandes voces el consuelo de morir con su marido. Abrense en este instante bruscamente las puertas de uno de los balcones de la Municipalidad, y Guillermo se presenta en él, y habiendo dirigido la vista hácia el Conde y la tropa, hizo una señal al oficial que la mandaba, gritando al mismo tiempo: «*Mueran los enemigos de la República.*» En el momento arrancan á la Condesa de los brazos de su esposo, y la alejan sin sentido fuera de aquel sitio de horror. Un redoble seguido de una descarga, se oyó entónces, y el Abate Lecatelli, herido mortalmente de veinte balas, cayó al suelo anegado en su sangre... En vano el infeliz anciano, espirando ya, hacia esfuerzos por levantarse... en vano queria aun decir algunas palabras... solo pudo levantar en alto su crucifijo, y clavando en él sus moribundos ojos, murmuró algunas oraciones, y murió como habia vivido, como

un justo. La gritería de los sicarios repetía al mismo tiempo las últimas palabras de Guillermo. «*Mueran los enemigos de la República.*»

No se había terminado aun el primer acto de este lúgubre drama, cuando se dispusieron para el 2.º—Anatolis de Chambrun fué conducido al lugar de la ejecución. Los soldados volvieron á cargar sus armas silenciosamente, mientras que el populacho saboreaba con placer el sangriento espectáculo que acababan de ofrecerle. Saltaban, palmo-teaban y ahullaban como fieras. Uno de ellos, traspasó la fila de soldados, y acercándose al Conde le puso en la cabeza un gorro encarnado.—Una muger, ó mas bien una furia, se acercó tambien y le escuchó en el rostro. ¡Ah!... ¡qué horrible criatura!...

En este momento una silla de posta llegó al medio de la plaza; un hombre de estatura colosal, de cara larga y de mirada atrevida, sacó la cabeza por la portezuela y observó con sorpresa los diversos actores de aquella escena; bajándose despues se dirigió al oficial republicano que mandaba el piquete, y le mandó suspender la ejecución y conducir el reo á la Municipalidad. Apénas había llegado á la sala del tribunal, se dirigió el desconocido hácia el Conde y le preguntó por qué crimen se le había sentenciado. Durante la respuesta del Conde se notó en su rostro una espresion terrible y amenazadora, y apénas hubo aquel terminado su narracion, cruzó violentamente sus brazos sobre el pecho y aproximándose á Guillermo le preguntó con una voz de trueno:

—¿Qué teneis que alegar en vuestro favor?

—El bien de la República, (replicó aquel con audacia.)

—El bien de la República no justifica nunca las crueldades inútiles. Inexorable la República para con los culpables, es justa para con los inocentes; por que es severa; pero no infame. ¡La calumnias! Hace mucho tiempo que la Convencion tiene fija la vista sobre vos, y me ha encargado que cumpliese sus órdenes. Mereceis la muerte. Soldados, añadió dirijiéndose á la tropa que había permanecido inmóvil en el fondo de la sala, conducid á este hombre, y que sea inmediatamente fusilado: esta es la órden de la Convencion.

Los soldados rodearon al presidente del Tribunal. En vano quiso justificarse, en vano solicitó que se suspendiese la ejecución hasta que hubiese podido desvanecer, por medio de un juicio, los cargos que se le hacían: el representante permaneció inflexible. Viendo entónces que no le quedaba ninguna esperanza de salvacion, una espantosa rabia se apoderó de él, y arrancando de su gorro la escarapela tricolor que lo adornaba, la desgarró con sus manos, y empezó á pisotearla gritando.

—Así es como la República recompensa á sus defensores y á los que la sostienen.... ¡Muera la República!... ¡Adios asesino!... (añadió con una risa burlona, y estendiendo su brazo hácia el representante) Adios.... *Yo lego tu cabeza al hacha destructora de Robespierre.*

—Acábaos de llevar ese hombre, gritó el representante con impaciencia.

Lo arrastraron en seguida los soldados, y maldiciones y blasfemias fueron las últimas palabras de Guillermo el del gorro encarnado.

La chusma que había aplaudido el suplicio del Abate, aplaudió con los mismos transportes el del republicano.... Por que tal es el populacho durante las tempestades de la revolucion. Desea que le aplaquen la sed de sangre que lo devora; pero le importa poco que esta sangre sea de un criminal, ó de un inocente: la de Barrabas ó la de Jesus.

No dejó el representante el pórtico de la Municipalidad hasta despues de haberse terminado la ejecución; y acercándose en seguida á la mesa, escribió en un papel que entregó al Conde, diciéndole:

—En cuanto á vos, ciudadano, tomad este salvo-conducto y salvaos con vuestra esposa. Pero no abandonéis la Francia. Los que emi-

gran son traidores y cobardes. No os mezeleis tampoco en ninguna conspiracion: obedeced al Gobierno, y no tendreis nunca de qué quejaros de la República... ¡Qué! ¿Os sorprende, añadió el republicano, encontrar tanta moderacion, tanta humanidad y justicia en un miembro de esa terrible Convencion, que mirais como á una caverna de tigres sedientos de sangre?

Se detuvo á estas palabras el representante, y dirigió al Conde una mirada de curiosidad. Despues, dando á su figura un aire mas pronunciado de espresion y de desprecio, añadió:

—Comprendéreis algun día que el miedo, la traicion, y la debilidad, han promovido actos estremadamente severos, no hay duda: pero que el interes de la República hacia necesarios, y que han sido calumniados caracteres que el porvenir sabrá justificar... Adios, ciudadano. Si os preguntan de quien habeis obtenido este salvo-conducto, responded que del republicano *Danton*.....

Acabó su lectura el anciano, y se guardó su manuscrito dirijiendo la vista á los que le rodeaban, como para adivinar la impresion que les habia producido.

—Como ficcion literaria, vuestra novela es sumamente interesante, contestó R.*** á esta silenciosa pregunta; pero permitidme observar que como hecho histórico me parece muy hipotetico.

—¿Y por qué? preguntó el anciano.

—Por que no es creible semejante acontecimiento en la época que decís y sino citadme algun periódico que lo insertase ó hablase de él.

—Ignoro, contestó el anciano, si esta anécdota se ha publicado, y si es ó nó conocida; pero me concedereis al ménos que puedo garantizar la verdad de un suceso en el que he sido actor y testigo.

—¿Vos?... le preguntamos todos con sorpresa.

—Yo mismo, señores. Tal como me ven Vds. tomé parte en la revolucion de 89 y en las asonadas de 93.... ¡Dios me lo perdone!... pero mis opiniones y principios han cambiado despues. Cuando la instalacion del tribunal revolucionario en Tours, servia yo en clase de teniente en dicho punto, y fui encargado por Danton para la ejecucion del presidente Guillermo. Ya veis que cualquiera que sea el interes que os haya inspirado, puedo garantizaros la autenticidad, así como la exactitud de todos sus detalles, y poco importa que se haga mencion de ella en las columnas del Monitor ó de cualquiera otro periódico.

Todos quedamos convencidos, y levantándonos en seguida, nos dirijimos al salon inmediato, donde nos llamaban los sonidos de una música agradable.

T. de A. M. de O.

VARIETADES.

—Se está acabando en este momento en la iglesia de San Dionísio, en París, un órgano que podrá verdaderamente ser citado entre los mas grandes y completos que existen. Contiene 6.000 cañones, entre los cuales los hay de treinta y dos pies franceses de longitud y mil y doscientas libras de peso.

—Se han sacado á pública subasta en Lóndres las armaduras, equipos, cascos y otros objetos que figuraron en el famoso torneo de Eglinton. Entre los aficionados que habia atraído esta venta se notaban muchos héroes del torneo. Algunos lotes han encontrado compradores. Así es que la armadura que cubria al príncipe Luis Napoleon y su casco, se han vendido en nueve guineas. Dos espadas magnificas de que se sirvieron en su combate el príncipe Luis y el caballero de la *Rosa blanca*, se han vendido en nueve sehellings. El último lote comprendia, los ornamentos góticos, las decoraciones de la gran sala de armas y el trono de la reina de la belleza, y se ha ofrecido por él un precio tan inferior que se ha aplazado la venta para el día siguiente.

—Rio Janeiro va á ser iluminado de gas como una capital europea. El gobierno ha celebrado para ello un contrato con una compañía por tiempo de 6 años. Cada farol costará doscientos francos por año.

—TEATROS. Sevilla ha tenido el gusto de volver á ver en su escena al Sr. Mate y á la Sra. Valero, de quienes conservaban tan gratos recuerdos desde que los escucharon por última vez. Lástima que el tiempo con su calor sofocante, con sus rigores de Estío haya alejado del teatro á una parte considerable de la concurrencia que en otra estacion hubiera asistido.

Estrenóse el Sr. Mate con el *Campanero de San Pablo* y desempeñó con tanta verdad, con tanta inteligencia el papel del protagonista, que arrancó unánimes y repetidos aplausos. El triunfo del Sr. Mate en aquella noche fué un triunfo completo. No era una pandilla, la que entusiasmada le aplaudia, era el público entero, muy numeroso por cierto, quien le prodigaba esas muestras brillantes de su entusiasmo.

No merece ménos nuestros elogios la Sra. Valero en la mayor parte de los papeles que hasta ahora ha desempeñado. En Doña Mencía arrancó con mucha justicia aplausos unánimes y repetidos.

Tambien se resiente de los rigores de la estacion el teatro de Cádiz. El Señor Lombía ha procurado no poner en escena

otras comedias que aquellas para las cuales se siente con mejores disposiciones y este acertado propósito le ha valido una reputacion de buen actor cómico. La *Redoma encantada* y *El pelo de la Dehesa* han sido acogidas del público con vivas señales de entusiasmo. Las brillantes decoraciones de la primera y algunos de sus diálogos son dignos en efecto de llamar la atencion. El Sr. Lombía desempeña muy bien en ella su papel. Pero en lo que es inimitable este actor, es en *El pelo de la dehesa*; comedia escrita para él y en la que parece imposible que se pueda retratar mejor que lo hace el Sr. Lombía, el carácter de Don Frutos.

Si tratásemos de analizar ahora esta composicion del Sr. Breton, quizá encontraríamos en medio de sus muchas bellezas algunos ligeros defectos. Pero no es este el momento de detenernos á hacer este examen. *El pelo de la dehesa* gustó mucho al público; el espectador entretenido con la animacion y los chistes de su diálogo y la facilidad y la gracia de su versificacion, olvida los lunares que lo oscurecen, y esto basta al Sr. Lombía y basta sobre todo al empresario que tan buen partido ha sabido sacar de esta acertada eleccion.

—INDUSTRIA DE LA SEDA: GUSANOS DE TRES COSECHAS. Mr. Bonafous, de Turin, ha dirigido á la Academia de las ciencias de Paris una nota sobre una especie de gusanos de seda de tres cosechas, llamada en Toscana *Trevoltini* (tre volte, tres veces.)

Considero esta especie de gusanos ya habituados al clima de Italia, tanto mas preciosa, cuanto aunque no ofreciera á nuestra agricultura la ventaja de aumentar el producto de nuestras cosechas, puede servir sin embargo, para principiar de nuevo una cria que hubiese fallado por cualquier accidente, y ademas prestarse á experimentos á que no podria servir la especie cuyos gusanos no se avivan mas que una sola vez en el año.

—METODO PARA HILAR Y TORCER LA SEDA A UN TIEMPO. Esta industria ha hecho un grande adelanto, merced á un nuevo mecanismo observado por un ingles en las inmediaciones de Turin. Este método hace la operacion de torcer y pasar dos veces por el torno las sedas crudas de una aplicacion mucho mas segura para la fabricacion. No solamente están simplificados el mecanismo y la manipulacion sino que la merma es menor. Con este método que consiste en husillos de cubo, sobre los cuales la seda recibe el primer aderezo se dobla y se tuerce, se obtienen en igual tiempo 600 libras de seda trabajada, al paso que el mecanismo antiguo no puede dar mas que 200. Esta invencion resuelve un triple problema; ofrece á la vez el primer aderezo, lo dobla y tuerce dos veces por el torno, de modo que le da una elasticidad y una regularidad superior á todo lo que se ha podido obtener hasta el dia con gastos mucho mas considerables. Nada hay mas fácil de poner en movimiento que este mecanismo: un niño de diez años puede hacer marchar un taller compuesto de 200 husos. Un asociado de las primeras casas de Lyon ha examinado esta utilisima invencion en un viaje reciente, y nosotros la ponemos en conocimiento del público industrioso, que es de esperar la utilizará en nuestro pais tan rico en este ramo de la seda.—J. M.

—REPRODUCCION DE LAS PINTURAS AL OLEO. Hemos visto anunciado en los periódicos extranjeros que un artista llamado *Leipmann* ha reproducido exactamente cuadros al óleo, cuya invencion ha escitado el interes mas general. Presumen que *Leipmann* empieza por copiar el cuadro del mismo modo que se copian en mosaico en Roma las obras maestras de pintura; pero en lugar de servirse para su mosaico de pequeños pedazos de esmalte ó de piedras, *Leipmann* hace uso de pequeños prismas de pasta dura.

—OPERA ALEMANA.—Algunas cartas llegadas de Inglaterra ofrecen detalles muy interesantes sobre el progreso que hace la ópera alemana en este país. Sabemos por este conducto, que se han dado ya en Lóndres cuatro representaciones, la primera de las cuales ha sido honrada con la presencia de la Reina. Todas las piezas principales las han hecho repetir dos ó tres veces y una de ellas cuatro. Se aplaudieron sobre todo, los coros y la orquesta, y el teatro está siempre lleno, de manera que la ópera italiana empieza á concebir serios temores. Esta empresa debe su existencia á una sociedad compuesta de cerca de cien individuos, bajo la direccion de M. Schumann.

BIOGRAFIA.

LUCIANO NAPOLEON, príncipe de Canino y hermano del Emperador Napoleon, nació en Ajaccio en 1765: tenia apénas doce años cuando estalló la revolucion. En 1795 se vió obligado por Paoli á abandonar la Córcega con su familia, y se refugió á Provenza, donde fué nombrado Guarda-Almacén de las provisiones militares de San Maximino, departamento de Var. Comisario de guerra á fines de aquel año, fué nombrado dos despues, y cuando solo contaba 24 de edad, diputado por el departamento de Liamonc, en el Consejo de los quinientos, donde fué admitido sin oposicion, aunque la comision exigiese 25 años cumplidos. Presidente de este Consejo en la época del 18 *Brumiario*, desplegó, en la horrrascosa sesion que distinguió esta jornada, tanta energía como serenidad.

En 18 de Mayo de 1802 hizo adoptar el proyecto de ley que establecia la órden de la Legion de Honor. Su discurso, por las miras superiores que contenia, obtuvo el asentimiento general. Una justa y noble recompensa debia ser el premio de sus esfuerzos, y así es que al poco tiempo, llegó á ser oficial superior de esta Legion, y miembro del Gran Consejo de Administracion que siguió á su establecimiento. Los sucesos politicos de 1815 volvieron á Napoleon el trono imperial, y Luciano fué llamado á Paris para ocupar un lugar en la Cámara de los Pares. Despues del desastre de Waterloo se retiró á Neuilly, y á fines de Junio se puso en camino para Italia; pero detenido en Turin, se vió forzado á esperar en esta ciudad la decision de los Soberanos aliados. La fiel amistad de Pio VII se interpuso útilmente en su favor, y á virtud de sus ruegos se le dejó en libertad para volver á Roma. Ningun acontecimiento notable ha señalado despues los dias de su vida, y en 29 de Junio ha muerto en Viterbo á la edad de 66 años.

—La Sra. Duquesa de Montellano (Doña María Vicenta Solis, Laso de la Vega) Duquesa del Arco y de Aremberg, dos veces Grande de España de primera clase, y Gefa de Palacio de S. M. la Reina Doña Isabel II, ha muerto en Tours el 4 de Junio de este año. Descendia de una de las familias mas ilustres de España y de Bélgica. Durante su vida ha ganado la estimacion de todos aquellos que tuvieron la honra de apreciar las altas cualidades que la adornaban. Su ocupacion constante fué la caridad: ningun desgraciado imploró de ella en vano el alivio de su miseria y de sus alliciones. Declaró en sus últimos momentos que queria ser inhumada en la Iglesia del Convento Real de las Salesas de Madrid; donde recibió su primera educacion.

CRONICA POLITICA.

Cádiz 31 de Agosto de 1840.

Al reservar un lugar en nuestra REVISTA á la crónica de los sucesos políticos, no ha sido nuestro ánimo dar en ella cabida á las ciegas prevenciones ni á las pasiones rencorosas de los partidos. Presentaremos á nuestros lectores el espectáculo de sus discusiones, de sus recriminaciones y de sus hechos, por que de otro modo no podrian esplicarse los acontecimientos; pero reservándonos siempre nuestro juicio sobre ellos. La REVISTA es una obra de ciencia y no un periódico de partido. Lo que ahora escribimos es una crónica razonada y no un artículo de periódico.

Pero ántes de dar principio á nuestra tarea, ántes de referir los sucesos que han ocurrido en estos últimos dias, es necesario examinar la situacion en que nos encontramos.

El convenio de Vergara y las últimas campañas de Aragon y de Cataluña acaban de poner término á una guerra asoladora y de conceder la victoria al gobierno constitucional, al trono legitimo y á las clases mas influyentes é ilustradas; pero si bien la cuestion de dinastía y de constitucionalidad se ha decidido de una manera ventajosa y definitiva, quedaba aun en pié otra cuestion no ménos importante, y que habian de debatir entre si los partidos constitucionales.

Triste era para todos la situacion en que quedaba el pais despues de tan larga guerra; pero cada uno la comprendia de diferente manera, y todos pugaban por dominarla á fin de cambiar su rumbo y direccion. Cada uno tenia un sistema que aplicar, del que solo habian hecho ensayos mas ó ménos débiles, mas ó ménos afortunados, y ámbos creian llegada la época de hacer de ellos una completa y feliz aplicacion.

La manera de comprender el partido moderado la situacion actual, le conducia á un plan de gobierno no realizado todavia; pero que en este momento pugna por realizar. Consideraba descentralizada la administracion pública, á consecuencia de la ley del 3 de Febrero, y de los desaciertos de sus adversarios cuando ocupaban el poder. Veia casi interrumpidas las relaciones entre el gobierno y los pueblos; unas veces por falta de vigor y de habilidad en los funcionarios públicos, y otras por los sacudimientos revolucionarios. Miraba en los Ayuntamientos otros tantos soberanos, en tanto que los delegados del gobierno, escasos tambien de atri-

buciones eran ruedas inútiles de la administracion; y observaba que la autoridad municipal, puesta por lo comun al frente de los movimientos revolucionarios, ofrecia un asilo en su seno á todos los pensamientos anárquicos y desorganizadores.

Muy distinta era la opinion que el partido progresista se habia formado de la situacion. Concedia que la administracion necesitaba de ser centralizada; mas creyendo al mismo tiempo que la intervencion que en ella deben tener los pueblos es una garantía política, pensaba que la centralizacion debiera tener por limite esta garantía. Los progresistas miraban con júbilo el ascendiente que tomaba el poder municipal, confesaban las faltas de la ley de 3 de Febrero; pero pensaban al mismo tiempo que, á su sombra y por influjo de las opiniones progresistas que dominan generalmente en los Ayuntamientos, debia organizarse en ellos un poder formidable de resistencia contra todo ataque dado en su entender contra la libertad; contra toda infraccion de la Constitucion del Estado. Así es que ninguno de los dos partidos juzgaba política ni conveniente la marcha de la administracion; pero el uno queria remediarla centralizando cuanto era posible los poderes, y dando una gran fuerza de unidad á la accion gubernativa, y el otro pretendia hacerlo manteniendo en la administracion la division necesaria á fin de que ella fuese para los pueblos una garantía constitucional.

Esto explica, á nuestro parecer, el gran empeño que muestra el partido moderado por llevar á cabo la ley de Ayuntamientos, y la tenaz resistencia que el partido progresista opone á su ejecucion. Predomina en esta ley el espíritu de centralizacion administrativa: despoja á las municipalidades de gran parte de las facultades que han tenido hasta aqui, y bajo este supuesto, llena los deseos del partido que la ha formado. Pero como al mismo tiempo la administracion municipal deja de ser una garantía política, puesto que queda sometida á la autoridad de los funcionarios del gobierno, los progresistas no podian dejar de mirar con recelo la nueva ley. Por otra parte, ellos han diferido de sus adversarios en la inteligencia del artículo 70 de la Constitucion, que trata del nombramiento de los Ayuntamientos. Dice aquel, que estos serán nombrados por los pueblos y debiendo el gobierno elegir los Alcaldes de entre los designados por los electores, segun la nueva ley, han creido que por ello quedaba infringido este artículo constitucional. S. M. sancionó esta ley en Barcelona contra las esperanzas del partido progresista, y contra los consejos del general Espartero que, segun se dice, hizo á ella la mas fuerte oposicion. Pero los progresistas han suscitado ahora la cuestion de si es ó no ley la sancionada, y los periódicos de este color sostienen, que se le debe resistir por la fuerza luego que se mande llevar á ejecucion. Los Ayuntamientos de Madrid y de Cádiz han celebrado acuerdos, en que han protestado su inobediencia á esta ley, y aunque el gobierno ha permanecido pasivo espectador de estos actos, los órganos del partido moderado los ha calificado de sediciosos y de acreedores á un severo castigo, por que son, segun

dicen, actos, ó amenazas de rebelion de las autoridades subalternas contra el gobierno legitimamente constituido. La ley de Ayuntamientos, añaden, es producto de las Córtes y de la Corona: resistir su cumplimiento sería rebelarse contra aquellos poderes del Estado. Mas los progresistas, considerando licita la insurreccion contra el gobierno, cuando este infringe algun artículo constitucional, no temen una rebelion contra estos dos poderes, siempre que por ella se salven las libertades consignadas en la ley fundamental.

Los moderados consideraban como un gran desacierto la supresion del diezmo, decretada por las Córtes constituyentes, y como una medida revolucionaria la venta de los bienes del Clero, ordenada para el año actual. Veian ademas muy difícil cubrir el déficit que aquella disposicion habia producido en la Hacienda, y peligroso para la subsistencia del Clero acudir á otro método distinto del decimal. Estas consideraciones les hubieran conducido tal vez, al restablecimiento del diezmo; pero razones igualmente poderosas les retraian de este propósito. Pensaban en primer lugar, que era imposible todo buen plan de Hacienda conservándose como hasta entónces la prestacion decimal, y se acordaban en segundo, de la resistencia que en ciertas provincias ofrecia el pago de este tributo, y de que en muchas habian, los hombres influyentes de un partido, ofrecido en las elecciones últimas su abolicion. Así es que cualquiera resolucion que sobre este punto se tomara debia ofrecer inconvenientes graves: dificultades insuperables; y esto explica la peligrosa division de la mayoría, cuando llegó á tratarse esta cuestion.

No es nuestro ánimo trazar ahora la historia de aquella discusion importante. Baste decir, que la resolucion adoptada por dos votos tan solo de mayoría, aunque no satisfizo á los enemigos del diezmo, no dejó del todo descontentos á sus partidarios. El gobierno, si bien se habia pronunciado primero por una contribucion venial, conforme á los deseos de la minoria, mudó luego de parecer y votó el cuatro por ciento.

Esta resolucion produjo una impresion profunda en la minoria, y por lo general en todo el partido progresista. El gobierno sufrió los mas duros ataques de la oposicion, quien le acusó de *voluble* y de *veleidoso*: al partido moderado en masa se le acusó tambien de perjuero, sosteniendo, que la imposicion del 4 por ciento sobre los frutos de las tierras, era poco mas ó ménos, el restablecimiento del impuesto decimal. Tambien ha merecido esta ley la sancion de S. M.; pero por motivos que no sabemos explicarnos, no ha sido, como la de Ayuntamientos, la piedra de escándalo para el partido progresista. La ley del 4 por ciento empieza á ponerse en ejecucion, y á nadie se le ha ocurrido dudar si es ó no verdadera ley.

Un punto hay sin embargo, en que han solido estar conformes moderados y progresistas, aunque se haya notado alguna pe-

queña diferencia en el modo de explicarlo. Unos y otros miraban agotado el tesoro á consecuencia de los gastos excesivos de la guerra. Destruida la Hacienda pública por el desórden y por la impetuosidad de la mayor parte de los que la han manejado, y privado de sus mejores recursos, á consecuencia de haberle faltado el puntal indispensable del crédito, gobiernos sacados de las filas de uno y otro partido han visto crecer por dias el déficit, y en vez de cubrir este abismo, veíanse forzados á ahondarle con el sistema deplorabile de las anticipaciones. Conociólo así la actual minoría, y en la última discusión de las Cortes sobre esta materia, sirvióse de este argumento contra el gobierno y la mayoría, que forzado por aquel, le autorizó para que pudiese continuar el mismo sistema, aunque con ciertas restricciones no impuestas hasta ahora.

Los moderados habian visto al ejército testigo impasible de nuestras discordias intestinas, y hubieran querido encontrar en él, sino una eficaz proteccion á su sistema, por lo ménos, esa misma neutralidad hácia nuestras contiendas. Mas luego que oyeron hablar de opiniones políticas en el ejército, y que creyeron deber atribuir á la influencia del cuartel general la caída de algunos Ministros, fácilmente conocieron que habia un obstáculo mas con que luchar, si no lograban ganarlo con su política. No sabemos si este último medio llegó á intentarse; pero los manifiestos publicados desde aquella época, bien por el mismo general Espartero, ó bien por los gefes de quienes se supone gozan de su confianza, han embarazado la acción del partido dominante, é infundido esperanzas á sus adversarios. En vano sostenian los moderados que desde el momento en que el ejército comienza á tener y á mostrar una opinion propia, deja de ser la fuerza pública un medio de gobierno, y empieza á ser un obstáculo. El ejército habia tomado sobre la situación un ascendiente considerable é imposible en el momento de destruir, por que estaba en la marcha de las cosas. Fácil es conocer que, con tales disposiciones en la fuerza pública, los progresistas debian fundar en ella su mejor esperanza de triunfo. No han sostenido en teoría que sea constitucional la intervencion del ejército en los negocios públicos; pero, considerando amenazada la Constitucion, apelaban á ella como el único medio, en su entender, para salvar las libertades públicas. De este modo se preparaba la opinion para los sucesos de Barcelona, que han venido á turbar la paz en estos últimos dias, y que tantos temores y tantas esperanzas inspiran para el porvenir. No es solo de reaccionarios y de traidores de lo que acusaban los progresistas al Ministerio: acusábanle tambien de inepto y de débil, porque teniendo en las Cortes una respetable mayoría, y algunos otros medios de gobierno, no habian gobernado en realidad. Anunciaban en sus periódicos que los jovellanistas, en union con el Ministerio, meditaban un ataque terrible contra la Constitucion del Estado; y vislumbrada hasta cierto punto la opinion progresista del general Espartero, dirigíanse por algunos Ayuntamientos y cuerpos de Milicia representaciones contra el go-

bierno, en las que se imploraba el socorro de su espada contra los que se suponían autores de este plan reaccionario. No dejaron de surtir efecto estos medios extraños de oposicion, por que, á pocos dias de la llegada de SS. MM. á Barcelona, los Ministros abandonaron sus puestos, y fueron llamados á reemplazarlos algunos individuos de la minoría y otros que, sin pertenecer á ella, profesaban sus mismas opiniones.

Nada diremos de los excesos revolucionarios que acompañaron á este cambio notable: hánlos deplorado los órganos de todos los partidos, si bien unos han hecho pesar toda la culpa sobre el bando progresista, y otros han atribuido la mayor parte de ella á sus adversarios. Barcelona, Sevilla, Murcia y Cádiz han sido teatro de algunos desórdenes. El juicio y la conducta de los partidos está pendiente en el dia de la resolucion de la crisis ministerial y el viaje de las Reinas.

Asegurábase que el programa del presidente del nuevo gabinete consistia principalmente en la disolucion de las Córtes, la suspension de la ley de Ayuntamientos, y la no disolucion del ejército. Desechado este por S. M., hizo su renuncia el Sr. Gonzalez; así mismo la hicieron el Sr. Onís y el Sr. Ferraz (D. José) pero admitida al primero, no lo ha sido á estos últimos, y los Sres. Cabello y Silvela han sido nombrados para completar el Ministerio. Ignórase aun si quedará constituido así el gabinete, por que no habiendo conferenciado todavía los nuevos Ministros, ni presentado su programa á S. M., no puede asegurarse tampoco si habrá cesado la crisis.

Los órganos del partido progresista empiezan á desconfiar de esta tardanza, y atribuyen á intrigas de camarilla, que los sucesos de Barcelona no hayan tenido hasta ahora el resultado que se prometian. Los moderados empiezan tambien á cobrar aliento, y no desconfian de que sus doctrinas vendrán á predominar por último en el gabinete. En esta lucha terrible de temores y de esperanzas, ignórase todavía de quien será la victoria. Ambos contendientes han desplegado igual energía: ámbos presentan títulos mas ó ménos legítimos de su dominacion: pero ámbos ignoran de quien será inmediatamente el porvenir.

La capital del reino de Portugal se ha visto amenazada tambien de un grave desórden, que el gobierno pudo reprimir en su origen con medidas enérgicas, aunque calificadas por la oposicion de inoportunas. A las voces de *abajo el Ministerio* y *viva la República*, la revolucion alzó su frente en Lisboa. Creían los amotinados que la guarnicion les prestaria su apoyo; pero habiendo permanecido fiel en su mayoría, el proyecto era imposible y no podian ménos que sucumbir los que intentasen realizarlo. Así sucedió en efecto. Las Córtes el dia siguiente suspendieron, á peticion del Ministerio, algunas garantías de la Constitucion, y el órden quedó completamente asegurado. No han merecido estas disposiciones la aprobacion del partido democrático, que ménos teme-

roso de las revoluciones que su adversario, no propende por lo general á que se le reprima de la manera que lo ha hecho el gobierno de Portugal.

La cuestion de Oriente ha sido uno de los acontecimientos de la politica estrangera que mas han llamado en estos últimos dias la atencion. Habiendo destinado á este asunto un artículo especial, nos contentaremos con decir sobre él algunas pocas palabras. Dueño el Virey de Egipto de la Siria, de las Ciudades Santas y de la isla de Candía, la existencia del imperio Otomano podria verse continuamente amenazada con la cercania de un enemigo tan peligroso. El engrandecimiento y aun la existencia de la Puerta exigen necesariamente que el Sultan tenga en sus manos las llaves de la Siria. El ascendiente ganado por Mehmet-Ali con su última victoria sobre el ejército turco, pesaba dolorosamente sobre la Puerta, cuyo orgullo habiase humillado en los campos de batalla por el valor de un antiguo súbdito. La escuadra turca permanecia en poder del Bajá, y muchas negociaciones se habian entablado entre las dos potencias, aunque sin ningun resultado.

Las naciones europeas tenian un interes, mas ó ménos inmediato, en la resolucion de aquella cuestion importante. Pero el tratado celebrado recientemente entre las cuatro Potencias, ha venido por lo ménos á oscurecerlo, caso que, bajo las apariencias de amistad y de alianza, no se oculten para lo futuro, por parte de alguna de ellas, proyectos ambiciosos de dominacion, como ha llegado á suponerse por algunos periódicos. Conocidas son las miras de engrandecimiento por medio del aumento de territorio, que ha alimentado siempre la política de San Petersburgo. La debilidad del Imperio Otomano podria convenirle quizá, por que harto sabidos son tambien sus proyectos sobre Constantinopla; pero el objeto ostensible del tratado de Lóndres, en que tan principal papel representa la Rusia, es mantener la integridad de aquel Imperio. Verdad es que si el Bajá se niega á ceder la Siria, las ciudades Santas, y la Isla de Candía, no conservando mas que el Egipto en clase de hereditario, y el bajalato de San Juan de Acre durante su vida, se autoriza á la Rusia á marchar con un cuerpo de 40.000 hombres, á impedir que el ejército egipcio viniese sobre Constantinopla. Verdad es que tambien se ha estipulado, que la Rusia y la Inglaterra restituirán al Sultan todas las provincias que hubieren ocupado, durante la guerra, *tan luego como la Puerta no tenga ya necesidad de su cooperacion*; pero como en esta cláusula no se determina cuando, ni como, podrá la Puerta no necesitar mas del auxilio de estas dos Potencias, bastaria una rebelion hábilmente suscitada en Turquía, por cualquiera de ellas, para prolongar indefinidamente la ocupacion, la cual no seria extraño viniese á dejenar en conquista.

A la Francia interesa verdaderamente conservar la integridad y poder del imperio Otomano, aunque no fuese por otra cosa

sino porque la Rusia tuviese siempre junto á sí un vecino poderoso. Pero no se ha contado con ella para la conclusion del tratado, y esto ha sido motivo de las mas vivas reclamaciones entre los dos gabinetes de San James y las Tullerías. Estas dos naciones, de cuya amistad y alianza depende puede decirse, la paz del mundo y el equilibrio europeo, no parecia sino que estaban prontas á venir á las manos, segun la acritud y hostilidad con que se han tratado de pocos dias á esta parte sus periódicos. La una llama á las armas á todos los quintos disponibles que pasan de 100.000, y pone sus buques bajo pié de guerra, en tanto que la otra, sin hacer al parecer grandes aprestos marítimos, parece quiere dar á entender á su aliada, que le basta su armada ordinaria para entrar ventajosamente en la lucha. Sin embargo, no es tan fácil, como algunos suponen, el rompimiento de una guerra Europea. La Inglaterra, no ménos que otra potencia, comprometeria sus mas graves intereses en una lucha de esta clase.

Sea como quiera, el carácter hóstil de los periódicos de Paris y de Londres, acerca de esta cuestion, se ha modificado mucho, de pocos dias acá. El Bajá se niega á suscribir las condiciones del tratado, segun las últimas noticias llegadas de Alejandria. Algunos periódicos de Paris pretenden, que Mr. de Saint-Aulaire habia salido de aquel punto con la mision de ofrecer á la corte de Austria la mediacion de la Francia.

La cuestion de Inglaterra con la China sobre el comercio del opio, y el bloqueo de Buenos Ayres por los franceses, permanecen en el mismo estado, qué tenían hace un mes.

Ultimamente se ha asegurado, que aquel gobierno habia hecho al representante de la Francia proposiciones de paz, las cuales no habian sido aceptadas por este; pero sí trasmitidas á su gobierno para que diese á ellas contestacion. Aunque esto sea cierto, no por eso ha cambiado la situacion de aquella República respecto á su adversario. La diplomacia parece cuidarse poco de este negocio. Sin embargo, en otro número nos ocuparemos de él con algun mas detenimiento.

El desembarco en *Boulogne* de Luis Bonaparte, ha sido para los partidarios de este príncipe una leccion severa y un amargo desengaño. Pretendia con un puñado de hombres turbar en Francia la paz pública y sostener sus locas pretensiones al trono. ¡Pero vano intento! A la Francia que tantos intereses tiene que conservar en la paz, que tanto ha sufrido en las revoluciones y en los trastornos, no es tan fácil comoverla como algunos suponen. El trono de Julio que representa en la Europa la libertad y la civilizacion, tiene en el pais muy hondas raices para que un príncipe aventurero pudiese haerlo vacilar. Por esta razon, apenas se presentó Luis Bonaparte en *Boulogne*, apenas hace público su loco intento, la Guardia Nacional le resiste, la guarnición se apodera de su persona y de la de sus partidarios. En este momento la Cámara de los Pares, constituida en Tribunal de Justicia, escucha su acusacion, y ántes de poco deberá pronunciar su fallo.